

FRANCISCO CHIRIBOGA BUSTAMANTE

PLUMADAS

Publicado por el Instituto de Estudios



QUITO
EDITORIAL ARTES GRAFICAS
1942

Para la Biblioteca
Nacional de Quito
El Autor

PLUMADAS

FRANCISCO CHIRIBOGA BUSTAMANTE

PLUMADAS



Artesado por el Jefe de Canje

QUITO
EDITORIAL ARTES GRAFICAS
1942

La Jurisprudencia y la Literatura Colombianas

Elogio de ellas en la Sociedad Bolivariana del Ecuador, al recibir, en sesión solemne, la bandera de Colombia, donada por distinguidas damas de Bogotá.

AMÉRICA es el Continente del porvenir.

La vieja y civilizada Europa comienza, de un tiempo acá, a entrar en descomposición, a constituirse en un caos, merced a encontradas ambiciones, a problemáticos equilibrios, a sus conquistas, a sus temores y a desmedidas audacias. Largos siglos ha sido la poseedora de la hegemonía mundial, por sus adelantos científicos, el brillo deslumbrador de sus artes, su enorme riqueza y el desarrollo de sus industrias, su agricultura y su comercio.

Pero esa misma grandeza a que han llegado las potencias de primer orden, ha hecho nacer en cada una de ellas aspiraciones ilimitadas; y de ahí, que el choque casi inevitable de las unas contra las otras, puede acaso traer el naufragio de su civilización, opacar el brillo de sus conquistas en el campo pacífico de las ciencias y de las letras, y humillar, algún tanto, el orgullo de su historia.

Ya en la catastrófica conflagración del año 14, se redujeron a cenizas varios de sus grandiosos monumentos y de sus museos riquísimos; ríos de sangre inundaron sus ciudades y sus campos; lágrimas copiosas brotaban por doquiera de las pupilas y de los corazones de madres, esposas y pequeñuelos, y se respiraba, en la extensión de ese Continente, —orgullo de la cultura—, un ambiente de luto, desolación y escombros.

En veinte largos años que se han sucedido desde aquella hecatombe, no se restablecen todavía esos pueblos de sus innúmeros desastres; y ya el horizonte torna a cubrirse de sombras, el trueno de la guerra vuelve a resonar en la atmósfera, y acaso no esté lejano el día en que se desate el rayo asolador y los reduzca a cenizas.

Quiera el cielo enviar luz suficiente a las inteligencias y sentimientos de fraternidad a los corazones, para que las pasiones enardecidas se tranquilicen, renazca la serenidad anhelada y retorne el grandioso Continente Europeo a la ruta de la civilización y del progreso.

Entre tanto, hay otro Continente maravilloso y magnífico, pleno de juventud y de belleza, amplio y prometedor, —la América—, que plétórico de vitalidad y de riquezas naturales, poblado de cerebros y de corazones juveniles, no contaminados todavía de odios profundos, anhelan alcanzar su perfeccionamiento en las lides de la paz y en el terreno fructífero de las ciencias, las industrias y las artes, y llegar a la meta de las legítimas aspiraciones a que tienen derecho, para engrandecimiento y brillo de sus respectivas patrias y del mundo todo.

Así lo intuyó, con la previsión del genio y con más de un siglo de anticipación, el eminente Humbolt; quien predijo que, con el transcurso de los tiempos, será la América el centro de la civilización del globo.

Bien sabéis que, en el decurso de la historia, ella, la civilización, ha recorrido la

Tierra de Oriente a Occidente. Floreció primitivamente en el Asia. Sirios, Persas, Caldeos, Babilonios, Fenicios, y más pueblos de la antigüedad, fueron los primeros que alcanzaron un grado relativo de cultura. La China se precia y enorgullece de haber sido la portaestandarte de la civilización antigua, en ciencias, letras, artefactos e inventos. De allí pasó a Egipto y a Grecia, cuya intelectualidad traspasó sus fronteras y se constituyó en maestra del mundo Occidental. Sus historiadores, oradores, artistas y poetas alcanzaron una inmortalidad que subsiste a través de los siglos, y que, si cabe decirlo, no morirá nunca.

Roma fué más tarde la señora del mundo: con su poder y su cultura reinó por donde quiera, y dictó, desde el sagrado trípode de la ciencia, la legislación universal.

Radicóse, después, sucesivamente, la hegemonía mundial en España, Francia, Alemania e Inglaterra; y es hoy un interrogante difícil de contestar, el de quien la tendrá en los tiempos venideros.

Mas, comienza ya la América, nuestra América, en el Norte, en el Sur, y en todas partes, a desarrollar sus riquezas y su cultu-

ra; y quizá no esté muy lejano el día en que llegue a ser realidad la sabia y penetrante profecía del eminente científico alemán.

* * *

Pues bien, en esta América, en este Continente del porvenir, surgen ya, prometedoras y gallardas, varias naciones. Entre ellas, por su admirable intelectualidad, nuestra hermana y vecina Colombia, sede del talento, de la inspiración, de las riquezas naturales, y, de un tiempo acá, de la verdadera democracia y del práctico republicanismo.

Desearía hablaros de cada una de estas fases, que, de antemano, las conocéis muy bien, distinguidísimos oyentes; pero, dispongo hoy de muy corto tiempo, y así, me limitaré someramente a dos: la jurídica y la literaria.

La Jurisprudencia colombiana, con las sabias resoluciones de su Tribunal Supremo, con las monografías de sus jurisconsultos eminentes, especialistas en varias materias, y con las opiniones y estudios de su ilustre Academia, puede, acaso, servir de modelo, en muchos de sus aspectos, a la de los demás países hispanoamericanos.

Sus leyes, en su mayor parte, están inspiradas en los dictados de la ciencia moderna, sin desviarse un ápice de lo que reclaman la razón y la justicia.

En la Suprema Corte de la República, donde se destacan personalidades de talento y de probidad, como Moreno Jaramillo, Zuleta, Rocha, Rodríguez, Gómez Naranjo, Cardoso Gaitán, Hinestrosa Daza, Montalvo, Iglesias, etc., se han dilucidado y resuelto importantísimos problemas jurídicos relacionados con la constitución y los derechos de la familia, la adquisición y conservación de la propiedad, la eficiencia y agilidad del comercio, las garantías a la agricultura y a la industria, la acertada distribución hereditaria, las sanciones correctas y moralizadoras a la delincuencia, y el encarrilamiento de las autoridades del Estado dentro de las normas de la ley y del respeto a los inalienables y sagrados derechos de los asociados.

Y en esos fallos se admira no sólo la visión profunda y cabal de los problemas resueltos, sino también los sólidos fundamentos en que se apoyan, la imparcialidad y el afán, jamás amenguado en los jueces, de dar a cada cual lo que le pertenece.

Tal nobilísimo ejemplo dado por la Autoridad Suprema en lo judicial, procuran seguir los Tribunales y Judicaturas inferiores, que saben, además, que sus fallos serán fiscalizados y revisados severamente por la Suprema Corte, para tranquilidad y bienestar de los ciudadanos.

Por otra parte, notables jurisconsultos colombianos han contribuido, con aportes científicos de importancia, a aumentar el caudal de la jurisprudencia. Entre otros, Francisco José Urrutia, con sus estudios sobre el Ideal Internacional de Bolívar, y acerca de la Patria Potestad y la Sociedad Conyugal; Moreno Jaramillo, con su monografía sobre las Sociedades en general, la civil y la comercial; y Manuel Carlos Rosales, sobre el derecho de Prenda y su evolución histórica.

En su progresista y floreciente Capital, en Bogotá, funciona también, con éxito sorprendente, la sabia y meritisima Academia de Jurisprudencia, donde figuran notabilidades científicas de primer orden, como Leandro Medina, que por sus trabajos jurídicos y su talento, mereció la distinción especial de pasar de los bancos universitarios al sillón de la Academia, y, poco después, a la Pre-

sidencia de la misma; Restrepo Sáenz, Soto del Corral, Uribe Holguín, Lozano y Lozano, Campuzano Márques, etc.; brillante pléyade que estudia a fondo y con fines desinteresados y patrióticos, múltiples problemas y cuestiones jurídicas de alta trascendencia social y política, y emite opiniones magistrales, que difunde en su publicación oficial.

No ha mucho, convocó esa ilustre Corporación el Segundo Congreso Jurídico Nacional, donde se estudiaron asuntos y ponencias de la importancia de las que voy a enumerar: la libertad de la persona natural ante el Estado; la propiedad privada ante el derecho natural y ante el derecho positivo colombiano; el contrato de trabajo y los tribunales y juicios respectivos; la extensión y garantías de la inviolabilidad del domicilio privado; el delito intentado y el delito frustrado; el delito múltiple y plural; el delito medio y el delito fin; la extradición ante la legislación y los tratados públicos; la protección de los monumentos y cosas que tienen interés histórico o artístico; y otros problemas de este jaez, que atañen no sólo a la ciudadanía colombiana, sino que encierran enseñanzas generales y de enorme interés para todas las legislaciones americanas, y, acaso, mundiales.

Han formado o forman parte en la actualidad de ese brillante Centro Científico, como miembros Honorarios o Correspondientes, personajes de la talla de Abadía Méndez, Antonio José Uribe, José Joaquín Casas, Maximiliano Grillo, Antonio José Camacho, y otros, entre los colombianos; y entre los ecuatorianos, Manuel R. Balarezo, Alfredo Baquerizo Moreno, Víctor Manuel Peñaherrera, N. Clemente Ponce, Carlos Arroyo del Río, José María Ayora, Luis Felipe Borja, y algunos más, a quienes se ha dignado honrar esa ilustre Academia con tan alta designación.

* * *

Como dispongo tan sólo de pocos minutos en esta solemne ceremonia, paso a hablarlos, en breves frases, de los principales literatos colombianos.

Comenzaré por uno de sus más ilustres:
Dn. MIGUEL ANTONIO CARO.

Este eminente hombre público y poeta, fué todo lo que puede ser un grande hombre, en la extensión de la palabra. Estadista, orador, literato, poeta, crítico, polemista; y todo en muy alto grado.

A tal punto llegó su importancia intelectual y su prestigio entre sus conciudadanos, que habiendo Dn. Alberto Urdaneta promovido, en vida de Caro, un concurso entre sus compatriotas para la designación de los diez colombianos más notables en aquella época, fué designado en primer término, por el voto unánime de sus contemporáneos, el señor Caro. Y más tarde, uno de sus principales críticos, Dn. Rafael Merchán, después de estudiar, examinar y elogiar sus obras literarias, previo un estudio sereno y concienzudo; al ponderar en toda su valía los talentos que le adornan y el mérito de sus trabajos, exclamó estas palabras, que, en labios de un adversario en ideología, son, por sí solas, altamente consagradoras: ¡Lástima que no sea de los nuestros!....

Entre sus obras literarias, numerosas y meritísimas, señalaré como principales su Canto a Bolívar ante la famosa estatua del artista Tenerani, y su traducción, en octavas, de la Eneida de Virgilio.

El primero es de los más notables que se han escrito en América en honor del Libertador; y creo que, después de «La Victoria de Junín» de nuestro insigne Olmedo, que toca lindes con la epopeya y que hasta

hoy no tiene rival, es el más perfecto y valioso de los consagrados a Bolívar. Su perfecto clasicismo, sus hondos conceptos y su técnica insuperable, le colocan en esa altura.

En cuanto a la traducción de la Eneida, es ella, a juicio de críticos autorizados, una de las de mayor mérito de cuantas se han escrito hasta ahora. Y si bien la de nuestro talentoso compatriota, Dr. Dn. Clemente Ponce, es también de suma importancia, le supera quizá la de Caro, pues a más de ser de mérito análogo, es completa, o sea, abarca todos los cantos de la inmortal epopeya del poeta mantuano.

* * *

RAFAEL POMBO, es otra de las cumbres de la literatura colombiana. Es el más fecundo entre sus compatriotas, en lo que se refiere a la poesía. Escribió, desde cantos sublimes de entonación épica y plectro arrebatador, hasta composiciones sencillas, que parece las hubiera podido escribir cualquier aficionado a las letras; y lo hizo con aquella difícil facilidad, que tanto encomian los críticos y agrada a los lectores. Lo propio se observa en Rubén Darío y otros grandes poetas justamente admirados.

Pombo fué coronado en vida, como el vate de mayor valía entre sus conciudadanos.

Dn. Antonio Gómez Restrepo dice textualmente, refiriéndose a Edda, una de las obras más notables del poeta a que me estoy refiriendo: "Dos figuras de mujer, creadas por el arte, la Edda de Pombo y la María de Isaacs, han sido las más gentiles y eficaces propagadoras de la gloria literaria de Colombia entre los demás pueblos de este Continente".

Mas, entre sus poesías, la que le ha dado más renombre, a pesar de no ser la de mayor mérito artístico, es su «Hora de Tinieblas». Es un canto de desesperación y de rebeldía, que no guarda conformidad con la ideología nuestra; pero que encierra tal profundidad en el pensamiento, energía en la expresión y vigor en el sentimiento, que ningún otro de sus poemas puede igualarle. Son tales los conceptos que contiene, que el mismo ilustrado crítico, Restrepo, añade: "Recuerdo haber oído decir a Pombo que esa composición fué brote de una crisis de exasperación, causada por una dolencia física, de que sufrió por largos años, y a la cual atribuía él, en gran parte, su pesimismo". No puede explicarse de otra manera.

Se asegura que el Romano Pontífice, al leer esa composición, lamentó grandemente el extravío de un enorme talento y le insinuó que rectificara los errores y conceptos contenidos en ese canto; y que Pombo, accediendo a esa respetabilísima insinuación, reformó su poesía en los términos en que consta en la última edición de sus obras. Hizo, a mi ver, muy bien el poeta en acceder a lo solicitado por la egregia personalidad del Pontífice; pero, a decir verdad, las estrofas reformadas no tienen desgraciadamente ni la espontaneidad, ni la elevación lírica, ni el vigor de sentimiento de las primitivas, las que fueron, a no dudarlo, fruto momentáneo de artística locura.

“Da esta poesía, dice Restrepo, la impresión de un mar agitado en noche equinoccial, por un temblor que levanta convulsivamente las olas, las revuelve contra la playa y hace surgir, aquí y allá, volcanes submarinos, coronados de penachos de fuego”.

* * *

Otro representante notabilísimo de la gaya ciencia en Colombia, es GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ. En sus poesías campean la dulzura de los conceptos, la lla-

neza de la expresión, la diafanidad de las ideas y un sentimentalismo delicado que atrae sobremanera. Sus composiciones «Por qué no canto?», «Fragmentos de la Vejez», «A Julia», «Aures», y otras, comprueban plenamente lo que acabo de expresar.

En especial en la primera de ellas, hay estrofas de una delicadeza extraordinaria, como éstas:

Todos cantamos en la edad primera
cuando hechicera inspiranos la edad,
y publicamos necios, indiscretos,
muchos secretos
que el corazón debiera sepultar.

Debe cantar el que en su pecho siente
que brota ardiente su primer amor;
debe cantar el corazón que herido
llora affigido,
si ha de ser inmortal su inspiración.

La última estrofa de este canto encierra una comparación tan admirable, que los críticos están de acuerdo en creer que es una de las mejores que se han escrito en nuestra lengua. En efecto, dirigiéndose el poeta a un amigo suyo, distinguido por su talento, y, a la vez, sumamente modesto, le dice:

No hay sombras para tí. Como el cocuyo
el genio tuyo ostenta su fanal,
que huyendo de la luz, la luz llevando
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va.

* * *

Un hijo de Colombia, que en cierto modo nos pertenece a los ecuatorianos, porque vivió y cantó aquí durante largos años, y aun formó su honorable hogar, es Dn. BELISARIO PEÑA, honra y prez de las letras colombianas.

Brotaron de su cerebro composiciones poéticas de primer orden, como las Odas a San Luis Gonzaga y a Don Bosco, las elegías a la memoria de sus amigos predilectos Ortiz Barrera y Julio Benigno Enríquez, la dedicada a su nietecito preferido, y muchísimas otras. Todas académicas, llenas de erudición y cadencia, y algunas, como la últimamente citada, de una dulzura incomparable.

Pero la más valiosa de todas, por la profundidad teológica de los pensamientos y la delicadeza de los afectos, es, a juicio general, y especialmente de los más eminentes entre sus críticos, los Excmos. Arzobispos de Quito, González Suárez y Pólit Lasso, — también literatos distinguidos —, la escrita a la «Inmaculada Concepción de María». Con este canto elevó el Sr. Peña la poesía mística a una altura imponderable.

Dante, con su Divina Comedia, es, como lo sabéis, el poeta místico por excelencia; y de los clásicos modernos, Manzoni está considerado como el superior, según juicios muy autorizados. Don Belisario Peña, con este poema se ha colocado, quizá, como poeta místico, al lado de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa y de Fray Luis de León.

Es bastante extensa la composición, y por eso me limito a reproducir hoy tan sólo unas pocas estrofas de este bellissimo canto:

Nunca avidez de fama y de memoria
punzóme el corazón con ansia inquieta;
quise sólo por tí, para tu gloria
las líricas centellas del poeta.

Ya el mundo se me enturbia; lumbre flaca
da a mis ojos la luz que reverbera,
y entre la niebla que me envuelve opaca
la eternidad llamándome no espera.

Voy ya; mas el laúd bronco, insonoro,
solaz de mi destierro y dulce amigo
a cobrar melodía y cuerdas de oro
estrecho al corazón irá conmigo.

Irás a la patria do se limpie el llanto
que le empaña el marfil. ¡Ya raya el día!
Sea el asunto de su eterno canto
tu Inmaculada Concepción, María.

Esto es bello, muy bello, y propio del
corazón hondamente cristiano del poeta.

* * *

GUILLERMO VALENCIA, el Maestro, por antonomasia, como le llaman sus conciudadanos. ¡Qué prosador y poeta tan admirable!

Tiene producciones tales, que cuando se las ha leído con fruición, no se las puede olvidar jamás. «Los Camellos», «Palemón, el Estilita», «Anarkos», especialmente, irradian fulgores geniales de tal naturaleza que pueden figurar con lujo en cualquiera antología poética castellana.

En la última de ellas, después de desarrollar el tema con originalidad inigualada, proclama como solución única y salvadora para el caos y desolación del anarquismo, una sola palabra, que resume en sí la panacea para los males de la humanidad: «Jesucristo».

Preciosa concepción; síntesis de la doctrina que culminó en el Calvario y que se ha conservado y se conservará beneficiosa e inmortal a través de las edades.

* * *

Tiene Colombia otro representante egregio en el Supremo Arte; fogoso, hirviente, batallador: JULIO ARBOLEDA; cuya vida múltiple de luchador político y de hombre de letras, fué verdaderamente asombrosa.

Produjo hermosísimas poesías, que ponen de relieve su carácter vehemente e irreductible, como «Estoy en la Cárcel»; otras serenas y suaves, como «Me Ausento» y «Te Amo»; y una de sabor épico: «Gonzalo de Oyón». Hay en ésta estrofas dignas de la poesía española del siglo de oro; y su descripción del caballo en que cabalgaba el protagonista del poema, en momentos en que quería lanzarse con él al abismo, es magistral y está a la altura de la de nuestro insigne Olmedo en su canto al General Flores, que es de las mejores en lengua castellana; y Olmedo, como lo sabéis, es el primer poeta épico de América.

* * *

Y quisiera continuar hablando de JULIO FLOREZ, de JOSE JOAQUIN ORTIZ, de JORGE ISAACS, de ASUNCION SILVA, de EUSEBIO CARO, de DIEGO FALLON,

de ISMAEL ARCINIEGAS, de MARTINEZ MUTIS, y de cien más, que honran la literatura colombiana y, por ende, la americana; pero el tiempo me viene estrecho y no me resuelvo a fatigar demasiado vuestra ilustrada y benévola atención.

Os leeré solamente tres o cuatro estrofas del último de los nombrados, de Martínez Mutis, que son de una delicadeza inimitable:

Cuando asomé a mis sienes la primera
cana, salí a su encuentro
y arranqué con enojo la embustera;
si empezaba a vivir, si un niño era
y estaba en plena juventud por dentro.

Después entré en la vida, áspera y dura;
gané el laurel tras empeñadas lizas,
y amé con tal locura
que, extinguido el incendio, de cenizas
llena quedó mi cabellera oscura.

Ya el placer y el amor me son extraños;
un frío, una tristeza sin medida
me invade; apenas cuento los treinta años
y está ya seca y sin verdor mi vida.

Y aunque inspirando compasión sincera
la nieve cae y cae de manera
que casi blanco por doquier me encuentro;
no me espantan las canas que hay por fuera,
sino las otras, las que están por dentro.

Esto es hermoso, y muy digno de la lira colombiana.

* * *

No me detengo a examinar la escuela o escuelas literarias a que pertenece cada uno de los autores brevemente mencionados, porque, en mi concepto, puede haber belleza, y en efecto la hay, en producciones de varios matices y de diversas escuelas: en la clásica, la romántica, la modernista, la simbolista, etc. Y así, participo de la opinión de nuestra distinguida consocia e inteligente escritora, Dña. Zoila Ugarte de Landivar, que, en un discurso acerca de la personalidad literaria de Jorge Isaacs, dijo: "Cuando un autor tiene la rara facultad de comunicar su emoción, de estremecer las fibras más sensibles del alma, ha producido obra bella, obra de perduración. Para esto sobran los preceptos, sobran las tendencias literarias, sobra el fanatismo por ésta o por aquella escuela: la belleza es eterna, sin época ni reglas determinadas".

* * *

Antes de terminar, permitidme dos palabras acerca de una gloria excelsa en la literatura de nuestra República hermana: RUFINO JOSE CUERVO.

Refiérese de Federico el Grande, que, al leer las obras de un afamado literato francés de su época, exclamó entusiasmado: me resisto a creer que sea un solo cerebro el que produzca estas obras; debe haber en París una Academia de sabios y de literatos que da a la publicidad esas producciones con el seudónimo de aquel a quien se las atribuye.

Me atrevo a aplicar este concepto a las obras del literato insigne a que me refiero. Quizás hubo en Colombia una Academia compuesta de sus más prominentes sabios y hombres de letras, que publicó obras inmortales e inimitables bajo el seudónimo de Rufino José Cuervo.

* * *

Termino ya. Manos delicadas, manos femeninas de ilustres hijas de Colombia han confeccionado este bellísimo estandarte de su Patria, para ofrendarlo cariñosamente a la nuestra.

En este estandarte que honra el salón de la patriótica Sociedad Bolivariana y que honra a Quito, veo sintetizada el alma colombiana.

En él palpitan sus héroes y sus mártires, con Bolívar en la cumbre; sus sabios y sus estadistas, sus jurisconsultos y sus poetas; y de modo especial, la mujer colombiana, símbolo de virtudes, de belleza, de sensibilidad y de patriotismo.

Esta bandera sagrada, emblema de nuestras patrias, que formaban la Gran Colombia, y que siguen formándola en el fondo de nuestros espíritus, es la imagen del iris, del iris trazado por los rayos del sol.

Los refulgentes y luminosos destellos del astro - rey al penetrar casi imperceptibles y como de soslayo en las cristalinas gotas de la lluvia, crean la belleza del iris, al descomponer sus colores, y lo presentan en la majestuosa pompa de un arco triunfal. La luz esplendorosa que despide el alma femenina colombiana, ha penetrado sutil en las gotas de diamante de su patriotismo, y ha producido este bellísimo emblema, que se ha dignado ofrendarnos como el arco triunfal de la confraternidad colombo-ecuatoriana.

Mayo de 1939.

El Excmo. Sr. Arzobispo,
Dr. Dn. Carlos María de la Torre

Discurso pronunciado, como Presidente del Comité de Caballeros de Quito, en el Acto literario celebrado en su honor con motivo de su Jubileo Episcopal.

FLOTA en el ambiente nacional, en estos días que serán de grata recordación, un sentimiento de admiración y de respeto hacia un eminente personaje, compatriota nuestro, eximio por sus virtudes, por su ilustración y por su talento.

Auras de popularidad le circundan, atrae a miles de corazones con su afabilidad y su cultura, y hace brillar las luces de su ingenio a través de su cautivadora palabra y de su vibrante y acerada pluma.

Desde el alto sitio en que la Providencia le ha colocado merced a sus múltiples mere-

cimientos, difunde la luz de su cerebro por todos los ámbitos de la patria, y es el celosísimo y firme sostén de la alta dignidad y de los derechos imprescriptibles de la Iglesia.

Infatigable en sus labores por el perfeccionamiento moral de los ecuatorianos, vela por la integridad de las costumbres sociales, se desvive por su amada grey, y es el paladín providencial de los intereses religiosos en nuestra patria.

Bien comprendéis, distinguidos oyentes, quién es el personaje a que me refiero: el benemérito y dignísimo Arzobispo de Quito, Excmo. Sr. Dr. Dn. Carlos María de la Torre, que constituye, por los especiales dones con que le ha dotado el cielo, una de las positivas glorias nacionales.

Su vida, su honrosa y fecunda vida, como la de todo hombre superior, ha sido una perpetua mezcla de penalidades y de triunfos, de inquietudes y esperanzas, de sacrificios y promesas, de infortunios y de glorias.

Junto a las estrecheces y privaciones de su juventud, el don de un clarísimo talento y de un ingenio perspicaz; unidos a los pesares de la ausencia de la patria y la separación de su familia, los resonantes triunfos de

su brillantísima carrera sacerdotal; en frente a los dolores profundos por la pérdida de sus seres más queridos: sus virtuosos y meritísimos padres, la exaltación gradual y merecida a los más altos puestos de las dignidades eclesiásticas; y los múltiples contratiempos, propios de su elevado cargo, neutralizados con la justa admiración y el afecto sincero de sus compatriotas.

Desde muy joven, se vislumbraba ya, en Carlos María de la Torre, a dónde había de llegar con el andar del tiempo, merced a su clarísima inteligencia, a su fecundo ingenio, a su privilegiada memoria, a la severidad de sus costumbres y a su contracción al estudio. Aurora clara y serena, preludio es de que brillará el sol con la plenitud de sus fulgores, cuando se halle en su cenit.

Nadie pudo disputarle jamás, en sus estudios de colegio, la primacía entre sus condiscípulos. Siempre fue el alumno laureado en primer término, siempre el merecidamente distinguido por sus profesores. Y no solamente aquí, en su propio suelo, sino también en Roma,—grandioso centro de los estudios teológicos y de las delicadezas del arte,— a donde se dirigiera ávido de seguir cultivando su corazón y su cerebro, en preparación

para la excelsa y delicada vida del sacerdocio; colocándose, asimismo, en primera línea, entre inúmeros estudiantes de todas las naciones. Continuó allí con tesón, cada vez más creciente, atesorando conocimientos en los diversos ramos del saber humano, puliendo sus exquisitas facultades y acendrando sus virtudes, como en previsión de los altos fines a que le tenía destinado la Providencia.

Con indecible emoción, sube en la Ciudad Eterna al altar, consagra en él la Hostia Inmaculada, renueva con infinitas fruiciones y llameantes afectos el inmortal sacrificio de la Cruz; y, sacerdote ya, torna a sus propios lares, a dedicarles sus servicios inestimables, los amplios anhelos de su corazón y las excelencias de su alma.

Joven aún, asciende a la silla episcopal de Loja, y va, de escalón en escalón, subiendo rápidamente en su fúlgida carrera, hasta coronar la cumbre.

¿A qué recordar las fechas de su promoción al episcopado de Riobamba, de allí al de Guayaquil, y de éste, a la silla Arzobispal de Quito, si todos conocemos perfectamente las etapas de la preclara vida de Monseñor de la Torre?

Sólo diré que, en esos arduos y elevados sitios a donde le llevaron sus méritos, ha puesto al servicio de la Religión y de la Patria la plenitud de sus facultades, la multiplicidad de sus aptitudes, la delicadeza de sus sentimientos y la solidez de sus virtudes cristianas.

Y cuántos sacrificios ignorados, cuántas lágrimas vertidas, cuántas energías agotadas, cuántos ideales deshechos, cuántas muertas esperanzas, habrán hecho latir su corazón en su calle de amargura, en el camino al Calvario!

Ah!, es que no en vano asciende el hombre a las alturas! Allí, como en terrible y misteriosa compensación, siente sangrantes sus pies por las escabrosidades del sendero; anhelante la respiración, por el enrarecimiento del ambiente; fatigado el espíritu, por los centuplicados esfuerzos, y desfalleciente el corazón, por las graves responsabilidades y los innúmeros tormentos que le acompañan.

De ahí, el que, hasta el gran Emperador de Alemania, Guillermo II, cuando se hallaba todavía en la plenitud de su grandeza y en el apogeo de su gloria, prorrum-

piera en esta frase profunda: "desde Dios, todo monarca ciñe corona de espinas".....

Sin embargo, templado su espíritu en la fragua del dolor, firme en sus altos propósitos, con miras siempre a su noble ideal, robustecida su alma con las doctrinas del Evangelio y llevando presentes, por doquiera, las enseñanzas y ejemplos del Divino Maestro, ha seguido, Monseñor de la Torre, difundiendo impertérrito las luces de su cerebro, la flor de sus conocimientos y los dictados de su sensibilidad, a través de contratiempos y vicisitudes, en estricto cumplimiento de los deberes de su cargo.

Con rectitud inflexible y con entereza apostólica, ha inculcado en sus fieles luminosas enseñanzas pastorales, llenas todas de unción, impregnadas de profunda filosofía y expresadas en estilo vibrante y seductor, en frase castigada y rotunda, en florido y exquisito lenguaje; de tal modo, que se han ido infiltrando en el alma de los lectores y depositando en ellas firmemente los gérmenes fecundos de la verdad.

Teólogo y canonista, literato y orador, escritor y artista, su ofrenda a las letras patrias y a la cultura nacional le coloca

entre los beneméritos de la oratoria y de la pluma. Campean en sus obras la solidez de los conceptos, la diafanidad de las ideas, la belleza de la expresión, las exquisiteces de la forma, y los primores del ingenio.

Me es muy sensible no disponer hoy sino de pocos momentos, para no poder, como deseara, daros a saborear, por vuestros delicados espíritus, algunos trozos selectos y deliciosos de tan bella literatura.

* * *

La Iglesia ecuatoriana ha sido, en verdad, privilegiada, en lo que concierne a la valía y merecimientos de sus altos dignatarios en las sillas episcopales; y han honrado el Arzobispado de Quito personajes tan conspicuos, que creo —sin temor de equivocarme—, que habrían podido brillar, con luz propia, en cualquiera nación del mundo.

No es menester que enumere hoy los indiscutibles merecimientos de cada uno de los Prelados Metropolitanos, que forman esa gloriosa galería nacional; pero sí diré, que han deslumbrado, unos, por su claro talento;

otros, por su ilustración vastísima; quienes, por su vivaz ingenio; quienes, por su heroica penitencia; ya, por la firmeza de su carácter; ya, por sus dulzuras inefables; y todos, por sus acendradas virtudes y su patriotismo ejemplar, constituyendo, así, un legítimo orgullo para los ecuatorianos.

Y me es grato expresar hoy, por mi propio sentir, y haciéndome eco del de mis compatriotas, que Monseñor de la Torre es muy digno sucesor de sus egregios antecesores.

Representáis, pues, Excelentísimo Señor, dignamente, en nuestra Patria, a la excelsa Religión que profesamos; a la Religión que, brotada de los labios de Jesucristo y confirmada, con sacrificio cruento, en el madero de la Cruz, se ha difundido triunfal por toda la redondez de la Tierra, sembrando por doquiera su noble y divina doctrina de amor entre los hombres, de confraternidad y de paz; Religión que posó sus plantas en el Partenón de Grecia, triunfó con Constantino y en Lepanto, se expandió rápida en el viejo Continente, y vino a América con Colón, cuando Dios "tendió el mar para que pase España", como con tanta belleza lo dijo un

inspirado poeta; Religión que eleva los espíritus, por sobre las miserias del mundo, a regiones excelsas, a la manera de las majestuosas cumbres de nuestros Andes, que, dejando a sus plantas profundidades y abismos, aquilones y tempestades, levantan su cabeza por entre el crespón que las encubre, para mirar faz a faz al sol, comunicarse misteriosamente con las estrellas, y, en silencio, dialogar con lo infinito.

* * *

Circunstancia muy significativa, que ha venido a dar un matiz especial a las fiestas jubilares, es la visita, a la Capital, de la veneranda Imagen de Nuestra Señora del Quinche, a la que el pueblo ecuatoriano debe innumerables beneficios y ha sido piadosamente consagrada por la tradición y por la historia. La colosal manifestación que todas las clases sociales de Quito y de las comarcas vecinas hicieron al arribo de tan portentosa Imagen, habla muy alto de los sentimientos religiosos que están hondamente arraigados en el alma popular, y que son dignos de respeto en todos los pueblos cultos y civilizados de la Tierra.

En momentos de sublime inspiración, arrancasteis, Excmo. Señor, de vuestro pecho el bellissimo pectoral, insignia religiosa de vuestra alta dignidad, y lo colocasteis en el de la celestial Señora; y, en arranque conmovedor, y con palabras de fuego, le invocasteis para que colmara de bienes a su pueblo y le enviara sus eternas bendiciones. No desoirá vuestra súplica la Madre del Amor Hermoso, la que es luz de los cielos y la tierra, la que simboliza lo más tierno, lo más delicado y poético de la religión cristiana; Ella, la que, en honda frase de un poeta excelso, es el "Edén en que Dios quiso él mismo ser el Arbol de la Vida".

* * *

Debo terminar ya; pero antes, tengo la íntima complacencia de ofrecer, Excelentísimo Señor, este modesto acto literario, no sólo a nombre del Comité de Caballeros de la Capital, al que sin merecimiento alguno represento, sino también al de los demás Comités organizados con el mismo fin. De modo especial, al del Clero y al de Señoras, que con profundo sentimiento de respeto y admiración a vuestra sagrada persona, han puesto

en juego sus entusiasmos y sus afectos para honraros y halagaros de la mejor manera posible, en esta fecha solemne de vuestro apostolado. Nos acompañan también, en este acto, los dignos representantes de las demás Diócesis, a las que habéis prodigado, como a la de Quito, vuestros cuidados, vuestras enseñanzas y vuestro celo pastoral. Escucharéis también las voces de las otras Diócesis de la República y de los diversos Comités organizados para asociarse al nuestro. Aquí tiene, asimismo, su lugar la intelectualidad azuaya, que lleva el cetro de las convicciones católicas y de las bellas letras; aquí, la juventud vigorosa y culta de esta ciudad, que se educa a la sombra de los ínclitos Hijos de Loyola, robusteciendo su cerebro y alimentando su corazón en las copiosas fuentes de saludable doctrina, para ser, más tarde, el paladín de la verdad y del bien, y constituye, desde hoy, áurea esperanza para el porvenir de la patria.

Habéis tenido la dicha, la inmensa dicha, Excmo. Señor, de atraeros las simpatías de la sociedad y del pueblo, y sus espontáneos afectos; y muy bien lo sabemos todos, que nada hay en el mundo que supere al amor. La admiración misma, con ser tan

alta y apetecida, le cede en excelsitud; el respeto, si justamente anhelado, es en veces incoloro y frío; mientras que el amor, es calor y es fuego, es intensidad y es vida, es la flor del espíritu y el alma del mundo.

Mayo 30 de 1937.

La verdadera democracia

Contestación al discurso de ingreso de la señorita Morayma Ofir Carvajal como socia activa de la Sociedad Bolivariana.

BIEN venida seáis, intelectual y cultísima consocia, al seno de esta Corporación, en donde por vuestras aptitudes, vuestra ilustración y vuestro amor patrio, constituís, al propio tiempo, una valiosa realidad, una esperanza y una promesa.

Bien venida seáis a este noble refugio del desinterés personal y del patriotismo sincero, a añadir un acorde más, delicado y armonioso, al perenne canto que se eleva desde este recinto al incomparable Genio de América, al excelso Libertador de un Mundo.

Bien venida seáis a este modesto pero respetable templo, en donde formaréis, con las demás beneméritas consocias nuestras, el

Coro de Vestales que mantienen el fuego ardiente y sagrado del patriotismo ante las aras del inmortal Padre de la Patria.

Aquí, poetisa delicada e inteligente escritora, como sois, contribuiréis con vuestra palabra y con vuestra lira a exaltar más y más hacia las cumbres de la fama el nombre venerado del Varón extraordinario que, cual titán de las leyendas, agotó el poderío de su genio para dotar, a una inmensa porción de nuestra América, con el don máspreciado y más precioso para los individuos y para los pueblos: el de la libertad.

La Historia, la poesía, las bellas artes, el pincel, la arquitectura, la música, la estatuaria, y, en general, todas las manifestaciones excelsas del ingenio humano, han agotado, con sobra de justicia, su poder y sus encantos para glorificar a Bolívar; ya que él es el prototipo de la raza y el superhombre de América; y así, no es posible, en la actualidad, añadir notas nuevas, ni elogios originales en su loor. Bibliotecas valiosas y riquísimos museos de arte podrían formarse con las producciones literarias, científicas y artísticas brotadas del cerebro y del corazón de americanos y europeos, en alabanza al Libertador. Mas, esta consideración no obsta

para que cada cual de sus infinitos admiradores pueda añadir, cuando la ocasión lo demanda, una página más a esas bibliotecas, una nueva estrofa a los innúmeros cantos alzados en su honor, una nota a esas delicadas sinfonías, y una pincelada que perpetúe en el lienzo su prócera figura y la difunda por todos los ámbitos de la Tierra, en donde se rinde fervoroso culto a la Diosa Libertad.

Tal como, desde que nacimos a la vida, hemos admirado complacidos las primorosas luces y los inimitables cambiantes de los rayos del sol en el crepúsculo; y sin embargo, nos deleita todavía cada nueva tonalidad del cielo al expirar la tarde, cada giro de las nubes al morir el día, cada fúlgido arrebol en las languideces del ocaso, cuando recibe, como de soslayo, los reflejos del mar en las lejanías del horizonte.

* * *

En el magnífico discurso que acabáis de pronunciar, en día glorioso para la República, en el inmortal NUEVE DE OCTUBRE, habéis desarrollado, con el talento y la ilustración que os distinguen, un tema de im-

portancia capital para nuestras democracias, el mismo que sirviera de elevadísimo ideal para las hazañas y triunfos del Libertador, y el que más alta gloria le ha deparado y le deparará en lo porvenir: «Bolívar y la exaltación de los ideales democráticos en América». Tema amplio, sugestivo, acerca del cual me permitiré añadir unas cortas reflexiones, a las que, con tanto acierto, nos las habéis presentado en vuestra conceptuosa producción.

Democracia, esto es, constitución política netamente republicana de las nacionalidades; exención de todo privilegio que no provenga del mérito personal o del esfuerzo propio; respeto profundo y permanente a las garantías individuales y sociales, y a la voluntad del pueblo; gobierno ampliamente popular, electivo, alternativo y responsable; exaltación a los más altos sitios de la administración pública a los más aptos, a los más patriotas, a los más dignos; gobiernos nacidos de la voluntad nacional, libremente manifestada, y pueblos respetuosos de la autoridad espontáneamente elegida por ellos; libertad, igualdad y fraternidad, lealmente sentidas, correctamente interpretadas, y practicadas con sinceridad. . . . ; Hermosas ideas, atractivos prin-

cipios, muy dignos de que el Libertador y más insignes luchadores por la independencia se hubiesen sacrificado por ellos!

Empero, ¿sería posible encarnarlos, sin un esfuerzo moral titánico, en estos pueblos, infiltrados de otras ideas, de otras costumbres y de otras prácticas? ¿No era aquello más difícil, acaso, que obtener triunfos gloriosos y admirables, en los campos de batalla, luchando incesantemente contra aguerridos adversarios?

Lo era, en verdad; y muy bien lo habéis expresado en vuestro discurso, al decir en bellas frases lo que paso a transcribir: "Bolivar poniendo las bases iniciales para erigir el monumento de la Democracia americana, creando en Colombia la opinión del sistema republicano, es más grande que César y más admirable que Napoleón. Bolívar luchando contra los prejuicios, contra el fanatismo autocrático de los mismos a quienes quería hacer el legado de la libertad, convenciendo a los suyos, sufriendo las incomprensiones y las injurias de sus beneficiados; sintiendo en su corazón hecho sólo para lo bueno, para lo grande, la mordedura venenosa de la ingratitude y la traición a cada paso, subyugado por el peso de las infamias, las ambiciones

personalistas de aquellos en quienes confiaba; decepcionado, herido, pobre, incomprendido, vilipendiado, y sin embargo con el sueño azul de su vida: libertad, no encuentra paralelo en la Historia”.

Decís bien; y si todavía hoy es tan difícil que comprendan las masas el verdadero significado de aquel hermoso lema de la democracia: libertad, igualdad y fraternidad, ¿cuánto lo sería entonces?....

Libertad, es decir, facultad amplia y eficiente para obrar el bien: elección irrestricta del camino que conduzca a cada cual al bienestar propio y al de nuestros semejantes; mas, no el libertinaje, no la licencia, no el desenfreno de las pasiones.

Igualdad: la igualdad ante la ley; la posibilidad de escalar todas las cumbres merced al esfuerzo personal, al trabajo y a los merecimientos propios, sin excepción de nadie; pero no la nivelación de la virtud y el vicio, del talento y la ineptitud, del saber y la ignorancia, de la honorabilidad y la incorrección, del trabajo y la holgazanería.

Fraternidad: la cordialidad honda, sincera y generosa con toda clase de personas

dignas de ella, sin distinciones de rango ni de condición; la que jamás se compadece con los odios infecundos, con la inverecunda saña, con los envenenados rencores.

El mismo Libertador se creyó en el deber de ampliar estas ideas, para hacerlas comprensibles a los pueblos en su verdadero sentido; y en su famoso discurso pronunciado en el Congreso de Angostura en Febrero de 1819, dijo, con la claridad y el énfasis que le eran característicos, estas frases: "Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud, y no todos la practican; todos deben ser valerosos, y no todos lo son; todos deben poseer talentos, y no todos los poseen. De aquí viene la distinción efectiva que se observa entre los individuos de la sociedad más liberalmente establecida. Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta

diferencia, porque colocan al individuo en la sociedad, para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social”.

Y más adelante, en el mismo discurso, añade: “Los Códigos, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen en las sociedades: hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las Repúblicas”.

Estos son los bellos principios que informan la verdadera democracia, los mismos que anhelaba el Libertador encarnarlos en estas tierras libertadas por él. ¿Lo habrá obtenido en la realidad? ¿Se habrán puesto en práctica estos preciosos fundamentos del republicanism, en nuestra patria y sus hermanas del Continente?

Con profundo dolor patriótico y llenos de hondo pesimismo, tenemos de confesar que desgraciadamente muchos de estos dictados e ideales han quedado flotando en el terreno de la teoría y aun de la ley escrita, pero que en la práctica, han sido, por doquiera, violados y contradichos de modo lamentable.

Así lo comprendió el mismo Libertador cuando, con frase amarga y decepcionada, exclamó: "hemos arado en el mar y edificado en los aires". Y en otra ocasión dijo, presa del más triste desconsuelo: "la independencia es el único bien que hemos alcanzado, pero a costa de todos los demás".

Y en efecto, si damos una mirada retrospectiva a la historia de nuestras jóvenes Repúblicas, habremos de confesar y reconocer, que, por lo general, y con escasas excepciones, la democracia y la República han sido en ellas tan sólo una ilusión, que no ha llegado al terreno de las realidades.

Como muy bien lo sabe el ilustrado y distinguido auditorio que me escucha, ha habido en la mayor parte de los países hispano-americanos, durante la centuria que nos separa de la época gloriosa de la independencia, magistrados autoritarios y despóticos, que han considerado sus respectivas Repúblicas como feudo propio, y han violado las garantías fundamentales de sus súbditos, de un lado; y de otro, pueblos levantiscos, descontentadizos y volubles, que han llevado al naufragio la bella teoría republicana y mantenido a los asociados en perpetua zozobra.

No han faltado tampoco ambiciosos vulgares, que, con o sin merecimientos, han tratado de escalar las alturas por cualquier medio, por reprochable que fuese, y han promovido revueltas, ensangrentando a los pueblos e intranquilizando a los hogares, sin contar para nada con la voluntad y aprobación de la mayoría ciudadana, base fundamental del sistema democrático.

¿Son éstas las democracias que quería el Libertador?

La Historia habrá de reprochar seguramente muchos de los procedimientos de nuestras jóvenes nacionalidades, por no haber correspondido, en lo político, a los ideales de su egregio fundador; y lo hará con criterio severo, porque ella es la gran maestra y educadora de los pueblos.

Y estimo necesarias estas reflexiones, al tratarse del tema republicano-democrático, para que, como naciones jóvenes, procuremos enmendar procedimientos en lo porvenir, a fin de labrar en lo posible el bienestar común, y evitar el sonrojo que causa a nuestro espíritu patriota el que en Europa y en la gran República Norteamericana nos sigan considerando tan sólo como pueblos ingober-

nables y en quienes no ven más disyuntiva que el despotismo o la anarquía.

Al recorrer, siquiera sea brevemente, los grandes países civilizados del mundo, se siente profunda impresión y muy honda pena, de ver que se desconocen, o al menos se aparenta desconocer, nuestras positivas glorias nacionales: las hazañas y virtudes de los héroes que nos dieron libertad e independencia; los talentos de nuestros grandes escritores, de nuestros historiadores y poetas, que bien pueden nivelarse a los que han producido naciones más populosas y antiguas; nuestros afanes de progreso y de cultura, siempre crecientes; nuestro espíritu patriótico y noble; la aptitud de nuestros conciudadanos para las bellas artes; y los ricos veneros y variados frutos que nos ofrecen nuestras hermosas tierras para labrarnos un porvenir de ventura y de bienestar nacional; y tan sólo repercuten, en ellos, con caracteres agravantes, nuestras frecuentes disensiones, nuestras diarias revueltas y nuestros comunes errores lamentables.

Procuremos, con los hechos, disipar estas apreciaciones desdorosas, y manifestar al mundo que somos muy dignos de nuestros egregios progenitores.

* * *

Volvamos a Bolívar.

Con gran acierto habéis reconstruido, distinguida e ilustrada consocia, uno de los episodios más brillantes de la vida epopéyica del Libertador: su entrevista con San Martín en nuestra hermosa Guayaquil. En frase cálida, lo habéis calificado como uno de los mayores triunfos de su genio, y termináis vuestra alusión a ese histórico hecho, con estas bellas palabras: "Bolívar antagónico a San Martín en temperamento y en Doctrina política: ágil, vehemente, fogoso, incontenible, arrebatador, democrático por excelencia, supo vencer hidalgamente a su contendor, y su triunfo, quizá más que los conquistados en los campos de batalla, en donde la fuerza, el terror y la muerte hacen vencedores y vencidos, sin haberlo rubricado con sangre, fué el mayor de los triunfos: triunfo del espíritu, triunfo del talento, triunfo del hombre superior".

Tenéis razón; y esa entrevista aureoló más, si cabe, las sienes del Libertador, y decidió definitivamente de los destinos del mundo americano.

No están acordes los escritores que se han ocupado de tan importante episodio, en la determinación del problema principal que discutieron y resolvieron los dos egregios caudillos, en aquella histórica entrevista, ni la razón última por la que San Martín se vió en el caso de cesar en la lucha, para entregar en manos de Bolívar la gran causa de la independencia del Continente.

¿Vió, acaso, San Martín que los elementos con que él contaba en el Perú no eran suficientes para independizarlo, y acudió a Bolívar para que él le proporcionara los suyos? ¿Creía, talvez, que el gran prestigio de Bolívar podía alcanzar en los pueblos del Sur los mismos éxitos que había alcanzado en los del Norte; y así, quiso insinuarle que él completara la obra de la emancipación? ¿O abrigaban los dos diversas convicciones respecto de la forma, monárquica o republicana, en que debían ser constituídas estas nacientes nacionalidades, en cuanto se obtuviera el don de su independencia de la Corona de España?

También yo me inclino a creer lo último, dados el carácter, los antecedentes y las ideas personales de los dos Libertadores.

Pero es lo cierto que, como lo sabéis, Bolívar asumiendo desde aquel día el Mando Supremo, no sólo en Colombia sino también en las regiones del Sur, voló a ellas con su agilidad patriótica, con su dinamismo genial, y en las heroicas jornadas de Junín y de Ayacucho selló la Libertad del Continente, dió cima a sus inmortales hazañas, y ascendió en alas de la fama a las más altas cumbres de la gloria.

Y con sagaz oportunidad nos habéis recordado hoy, distinguida consocia, este brillante pasaje, acaecido en nuestra patria, en la dilecta Perla del Pacífico; ya que hoy, NUEVE DE OCTUBRE, celebramos complacidos la más grande y gloriosa de sus efemérides inmortales.

* * *

Inclita y valerosa Guayaquil: madre afortunada de varones insignes, de héroes, de escritores y estadistas; cuna del más excelso de los vates del Continente, el sublime cantor de Junín; ciudad progresista y noble, donde tienen perennal asiento el trabajo y las actividades febriles, las industrias y el comercio: te saludamos hoy con la efusión y cor-

dialidad de hermanos, y hacemos votos fervientes porque bien pronto se ostente, plasmado en bronce, en la ribera de tu hermoso río, el monumento que perpetúe el recuerdo de aquel gran acontecimiento histórico, que decidió de los destinos de América y levantó a altura inconmensurable la egregia figura de Bolívar; pues fué en tu seno, donde, como dijo el poeta: "avistados uno y otro gigante, el argentino resignó la espada, y el colombiano audaz. . . . pasó adelante".

Octubre 9 de 1937.

Una condecoración

Palabras de agradecimiento al recibir en la Academia de Abogados de Quito, en sesión solemne, la medalla y diploma de Socio Honorario de la Academia Colombiana de Jurisprudencia.

NO tengo palabras suficientes para agradecer como debiera la distinción no merecida, con que me ha honrado la Ilustre Academia Colombiana de Jurisprudencia. Sólo me la explico tomando en consideración que dicha Academia ha querido, acaso, honrar a su congénere de Quito eligiendo para ello al primero y al último de sus miembros, al más distinguido jurisconsulto de este Centro, el doctor Balarezo, y al más modesto de todos, a fin de que, honrándoles y condecorándoles a ellos, se sienta honrada la Academia y condecorados todos los miembros que la componen.

Esta ilustre Corporación quiteña, a la que me honro en pertenecer, se ha dignado convocar a sus miembros a esta sesión solemnisima e invitar para ella a distinguidas personalidades del foro, de la diplomacia y de las letras, para hacernos la entrega de las condecoraciones en una fecha inmortal: la del aniversario del nacimiento de Bolívar, del Genio extraordinario que reunió en sí todos los talentos, que abarcó los más altos ideales, que poseyó el más intenso patriotismo, que libertó a cinco naciones, y que fué la más excelsa personalidad del Continente americano.

Y esta distinción tan singular nos viene de la nación intelectual por excelencia, de la Ilustre Colombia, de la que representa, por sí sola, una gran parte del cerebro de América.

De allí es su preclara Academia, compuesta de los destacados juriconsultos Medina, Restrepo, Uribe, Soto del Corral, etc.; de allí, sus ilustres literatos y renombrados poetas, como Rafael Pombo, Miguel Antonio y Eusebio Caro, Guillermo Valencia, José Joaquín Ortiz, Julio Arboleda, Asunción Silva, Jorge Isaacs, y cien más; de allí, el insigne filólogo Rufino José Cuervo y el admirado

sabio Caldas; de allí, los egregios estadistas, Restrepo, Concha, Marco Fidel Suárez. . . . , ecuanímenes, amplios, republicanos y comprensivos, que concedieron a los ciudadanos todas las garantías a que tienen derecho, levantaron a grande altura la empobrecida hacienda pública y contribuyeron poderosamente a guiar a su pueblo por la ruta del progreso. De allí, señores, de este gran país nos ha llegado benévola y tan singular distinción.

Un lazo más es éste, que nos estrechará a la vecina y hermana República de Colombia, lazo que se añade a los muchos que desde antaño nos unen: juntos nacimos a la vida de libertad e independencia; la misma espada fulgurante rompió nuestras cadenas; en la niñez nos meció una misma cuna; el mismo mar Pacífico baña nuestras fecundas y riquísimas costas; nuestras inmensas y ricas selvas de Oriente son regadas por el mismo Amazonas; y la misma bandera tricolor, gloriosa e inmortal, es la enseña de nuestras patrias.

Por lo demás, como lo ha insinuado ya el dignísimo Presidente de esta Academia, señor doctor Balarezo, cuán amplia e importante es la ciencia del Derecho, el conocimiento y práctica de la Jurisprudencia.

A su estudio dediqué los mejores años de mi vida, y hoy la miro con el respeto y la admiración que se merece. El Derecho regula las relaciones diarias de los individuos entre sí, determina el modo cómo se ha de constituir la familia, vela por la posteridad desde antes de su nacimiento, ampara al huérfano, al débil y al menesteroso, es el tutor nato de todos los miembros de la sociedad, da vigor y amplitud a las relaciones comerciales, organiza y constituye al Estado, determina las garantías indispensables de todo individuo, para que sea respetado por las autoridades y por la sociedad, señala los límites hasta donde ha de llegar la autoridad para que no degenera en despotismo o tiranía, determina los deberes a que deben sujetarse los súbditos, so pena de convertirse en disociadores o anárquicos, establece las bases firmes de las relaciones internacionales para estrechar la amistad, en la paz, o para disminuir los horrores, en la guerra; extiende, en fin, su protector influjo a sociedades y pueblos, a individuos y familias, a gobernantes y gobernados, a cuanto existe y puede existir.

De ahí que se hallan relacionados con la jurisprudencia casi todos los conocimientos humanos. La filosofía, para aclarar sus

dudas y explicar sus fundamentos; la sociología, para establecer su relación y armonía con las características de cada pueblo; la historia, para rastrear su origen y apreciar la evolución de las leyes desde los tiempos de Grecia y Roma y continuando con las legislaciones de Francia y España, llegar hasta nuestros días; las ciencias físicas y naturales, las médicas y psicológicas, todas sirven de base a los dictados del Derecho y se relacionan íntimamente con él. Recuerdo a este respecto las palabras del insigne jurista, compatriota nuestro, doctor don Luis Felipe Borja, quien, después de aconsejarnos y alentarnos a varios estudiantes para que dedicáramos con entusiasmo y tesón nuestras modestas facultades al estudio y conocimiento de la jurisprudencia, nos decía: la he estudiado, jóvenes, todos los días de mi vida, desde antes que claree el alba hasta altas horas de la noche, la he consagrado todos mis desvelos, y, sin embargo, puedo decirles que es una ciencia tan amplia y tan profunda, que todavía la veo con telescopio.

Y qué decir de la noble profesión del abogado en su triple aspecto de defensor, de juez, de legislador? Es de las más nobles y útiles a la sociedad, cuando se la ejerce

con toda la corrección y la honradez que la enaltecen. El juez, determinando el derecho que asiste a los individuos en sus querellas y reclamos y dando a cada cual lo que es suyo sin apasionamiento, con desinterés y con imparcialidad absoluta. El defensor, poniendo en juego sus facultades y conocimientos para esclarecer el derecho legítimo e interpretar debidamente la ley. Y el legislador, dictando disposiciones que, por sí solas, pueden traer la felicidad para la patria. Mas esta última es, acaso, la más delicada y de trascendentales consecuencias: una ley buena puede conducir al país por senderos de progreso y adelantamiento y cooperar a la tranquilidad pública; una ley mal meditada o inconducente puede formar la desgracia de los asociados y producir terribles conmociones. Por esto dijo muy bien Portalis: "el cerebro del legislador es el Olimpo de donde se difunden las grandes ideas, las concepciones felices, que deciden la suerte de los hombres y el destino de los pueblos".

Para terminar, renuevo mis más íntimos y profundos agradecimientos a la ilustre y benemérita Academia de Bogotá, que de modo tan singular ha tenido a bien honrarme; a esta sapientísima y no menos ilustre Aca-

demia de Quito, que de manera tan solemne y en día glorioso para la América nos ha hecho la entrega de las condecoraciones; a los meritísimos doctores y colegas, Balarezo y Salvador, que se han dignado expresar honrosos conceptos y afectuosas frases en pro de mi persona; y a esta distinguida e intelectual concurrencia, que ha honrado en grado sumo esta solemne sesión y ha escuchado benévolamente mis palabras.

Julio 24 de 1938.

La Institución Salesiana en el Ecuador

Discurso pronunciado, como Presidente de los Cooperadores, en el acto solemne celebrado en el cincuentenario del establecimiento de los Hijos de Don Bosco en nuestra Capital.

DOS acontecimientos de altísima importancia conmemora en estos días la benemérita Institución Salesiana: el cincuentenario de su establecimiento en nuestra Patria, y el de la gloriosa muerte de su excelso Padre y Fundador.

Don Bosco, con la certera visión de su ingenio singular, comprendió que, para la realización de sus nobles y fecundos ideales, era menester enviar a sus abnegados hijos hasta las más apartadas regiones, para que plantaran en ellas la semilla de la educación especial, creada por él, y la hicieran crecer

y desarrollarse, día a día, merced a incesante cultivo, hasta que rinda el más benéfico y sazonado fruto.

Despidió, pues, personalmente, y bendijo, casi al borde del sepulcro, a un grupo de sus queridos hijos que venían al Ecuador, a donde se les había llamado con instancia por medio de sus hombres dirigentes, talentosos, patriotas y comprensivos. En los últimos momentos de su vida, tuvo la satisfacción y el consuelo de saber que su anhelo se había cumplido; pues llegaron a su destino los primeros sacerdotes salesianos, a quienes eligió él para tan delicada misión.

Llegados al Ecuador, encontraron terreno y ambiente propicios para sus múltiples labores. El Gobierno, la alta sociedad y el pueblo todo, recibieronles con íntima satisfacción y ferviente júbilo; ofrecieronles gallardamente su adhesión y su confianza, y les proporcionaron los medios adecuados para el ejercicio de sus apostólicas actividades.

Plantaron su tienda a las faldas de nuestro histórico Pichincha; y allí, con tesón infatigable, con dinamismo fecundo, establecieron su Escuela de Artes y Oficios; verdadera colmena, donde el trabajo y la oración labra-

ban diariamente, incesantemente, la exquisita miel de la educación moral y material del pueblo ecuatoriano. Inteligencia y corazón, actividad y músculos, recibían allí el verdadero pulimento para los fines de la vida terrena y, al propio tiempo, de la inmortal.

Al decir de nuestro actual Ilustre Metropolitano, allí, bajo la figura de hermosa higuera, creció la Casa Salesiana lozana y llena de vida, calentada por los ardientes rayos del sol ecuatoriano y bañada de fecundantes lluvias. “Mas, de repente — añade nuestro dignísimo Prelado, con su brillante y exquisita pluma — se oscureció el cielo, estalló el rayo, rodó el trueno. Fuerte vendaval azotó a la higuera, desgajáronse las ramas, cayeron en tierra hojas y frutos, y arrancando de cuajo el tronco del hermosísimo árbol, gloria y orgullo del ecuatoriano pensil, sólo quedó informe montón de marchitas y muertas ramas”.

Empero, la Providencia Divina vela siempre por sus obras. Inspiró a uno de los hijos de Don Bosco, al inolvidable y meritísimo Padre Calcagno, que trasladara uno de los dispersos granos de la semilla al pie de la colina de Ichimbía; y ahí, con la poderosa protección de María Auxiliadora, bajo cuya

sombra y amparo vive y se desarrolla la Institución Salesiana, y con el apoyo modesto, pero entusiasta, de la sociedad capitalina, admiradora de la obra del Apostol, ha ido floreciendo y fructificando diariamente, constantemente, hasta llegar al estado en que en la actualidad le contemplamos.

Se admira, señores, en esa Institución, la mano visible de la Providencia. Ha levantado edificios, construído templos, establecido talleres y proporcionado educación a millares de niños ecuatorianos, con escasos recursos y con modestos medios en relación al adelanto y progreso que ha alcanzado; pero con esfuerzo perseverante e infatigable labor, que la hace muy digna del aplauso y la admiración de los ecuatorianos.

De sus tranquilas aulas, ha surgido una pléyade de artesanos honrados y laboriosos, que, con su actitud eficiente y su intensa actividad, proporcionan el pan a sus familias, cooperan al embellecimiento de la ciudad y sirven honradamente a la patria, llevando siempre impresos en su alma los nobles sentimientos que grabaron en ella sus beneméritos educadores y que manan de las fuentes puras y saludables del cristianismo.

Tan nobles virtudes, arraigadas profundamente en sus pechos desde la niñez, no se han desvanecido ni esfumado al dejar esa bendita Casa para actuar en la vida social; sino que han permanecido incólumes a través de las vicisitudes de la vida, en los diversos campos de acción en que cada cual ha intervenido, en el accidentado curso de su existencia. Y por ello, contemplamos hoy, con íntimo placer, que los ex-alumnos salesianos, dando nobilísimo ejemplo de solidaridad y compañerismo, se auxilian fraternalmente entre sí, difunden por doquiera ejemplos de honradez y patriotismo, agradecen y bendicen a sus antiguos profesores y les acompañan en sus horas de solaz y de amargura, formando una como aureola de gloria para los dignos dirigentes de la Casa Salesiana.

Plegue al cielo que estas nobles actitudes, que esos sinceros afectos, perduren siempre y sean secundados por la generación que hoy se educa a la sombra de Don Bosco, y por las que vendrán después.

* * *

¿Y qué decir de la meritisima obra del Oratorio Festivo, en donde se agrupa y halaga, se educa y favorece a centenares de

niños pobres, pedrezuelas del arroyo, hojas arrancadas del árbol del hogar por el huracán del infortunio, de la despreocupación o de la inconsciencia, y que van rodando sin rumbo, para ir a caer, en la mayor parte de los casos, en los abismos de la perdición?....

Difícilmente podemos apreciar en toda su magnitud el enorme, el inmenso bien que se hace en favor de ellos, y, como consecuencia, en el de la sociedad. Esos niños que vagan por las calles, alejados de las miradas de sus padres, ajenos por su edad a las preocupaciones de su propio bien, aguijoneados, quizá, por funestos ejemplos de otros mayores que ellos, atraídos por malévolas voluntades para fines siniestros, serían, acaso, más tarde, los grandes propulsores del mal, la amenaza social, el deshonor de sus propias familias, y la carne miserable y desdichada de presidios y hospitales. Pero dirigidos y educados con esmero, desde sus primeros años, vigilados con solicitud paternal por miradas dulces y benefactoras, atraídos oportunamente, con caridad y dulzura, para proporcionarles distracciones honestas, juegos fortalecedores de sus músculos, doctrinas y consejos saludables, y hasta golosinas y juguetes; serán después, a no dudarlo, la ga-

rantía de la civilización, el honor del pueblo, los defensores de la patria, el báculo en la ancianidad de sus padres, y los propulsores honorables del progreso nacional.

De ahí el que nuestro dignísimo Metropolitano y los igualmente beneméritos que le han precedido en la Silla Arzobispal, se hayan preocupado grandemente de fomentar el apoyo a tan benéfica Institución. Recuerdo, a este respecto, las palabras de Monseñor Pólit, pronunciadas en ocasión solemne: "Esa Obra (el Oratorio Festivo) tan salesiana, tan propia de Don Bosco, que por ella empezó su maravilloso apostolado, recoge a esos niños que no frecuentan escuelas católicas, que andan vagando por las calles el domingo, les dan un padre y tutor espiritual, como angel enviado por Dios a su encuentro, para enseñarles su santa doctrina, llevarlos al templo para la misa, y agasajándoles de mil modos todo el día, con juegos y entretenimientos honestos, con música y teatrillo infantil, los aleja del mal y los aficiona al bien, a la piedad y a la virtud. Obra mil veces bendita, obra providencial que merece el apoyo de cuantos católicos comprendan el precio de las almas, y quieran consolar a Nuestro Señor y a su Dolorosa Madre, salvando a tan-

tos niños que sin ella irían a engrosar las filas de la impiedad, la revolución y el comunismo. Si el Obispo, colocado en alto como vigía de la casa de Dios, puede y debe señalar, en su nombre, las más premiosas necesidades dignas de la cooperación de los hijos de la Iglesia, os sugiero, señoras y señores, el auxilio de la obra salesiana. . . .”

* * *

Y hay algo más, mucho más, que es tan meritorio como lo que acabo de exponer y que reviste importancia trascendental para nosotros, los ecuatorianos: la fructífera labor desarrollada por la Misión Salesiana, en años de penalidades y sacrificios, en nuestro lejano y abandonado Oriente.

En esas regiones de ensueño, en donde la pródiga Naturaleza ha hecho gala de manifestar su fecundidad y magnificencia; pero desprovistas desgraciadamente de comodidades para la vida, sin senderos transitables ni medianos albergues, en donde la selva es inextricable, e innúmera en peligros; ha realizado obras de aliento, dignas de toda ponderación, abriendo caminos por entre los tupidos bosques y las rápidas pendientes,

tendiendo puentes seguros y costosos para salvar los caudalosos ríos y las quiebras profundas, levantando edificios, si modestos, medianamente confortables para hospitales y escuelas, ensanchando aldeas y caseríos, construyendo templos para la adoración a la verdadera Divinidad, plantando nuestra bandera gloriosa en improvisados mástiles, para que ondée majestuosa a los vientos de la selva, al unísono con las relucientes frondas de las palmeras tropicales, derramando los primeros gérmenes de la civilización cristiana en los espíritus incultos de los moradores de la montaña, y proclamando y sosteniendo en esas vastas regiones nuestra indiscutible soberanía.... Realizan una labor inmensamente meritoria y muy digna de la más cordial gratitud y el más entusiasta aplauso de parte de todos los ecuatorianos; aplauso y gratitud que me es muy grato expresarles hoy a nombre, no sólo de los Cooperadores Salesianos, mas también, de todas las clases de la sociedad y, en general, de todo nuestro pueblo.

Mas ¡ay!, una horrenda desgracia acaba de cernerse sobre la floreciente Misión Oriental de Macas. Incendio voraz ha envuelto en pavorosas llamas ese emporio de trabajo, de esfuerzo perseverante y de labor intensa de

muchísimos años. Y queda todo reducido a mudos escombros, a humeantes cenizas y a desconsoladoras ruinas!....

La sociedad ecuatoriana se ha conmovido ante tan horrible catástrofe; ha acompañado sinceramente en su dolor a la benemérita Institución, y se ha apresurado a ofrendar su óbolo, para ver de restañar, en lo posible, esas heridas, y rehacer, siquiera en parte, las obras hoy muertas, que fueron levantadas a costa de tanto sacrificio.

Quiera el cielo auxiliar ampliamente a tan ilustre Corporación, para que, con el transcurso del tiempo y poniendo en juego nuevas energías, renazcan esas importantes fundaciones, se reconstruya Macas, y progresese esa población, para consuelo y bienestar de los damnificados, y para ventura de la Patria.

* * *

¡Qué serie de contrastes ha venido a agitar intensamente, en estos días, las vibraciones del alma salesiana!....

Al justo y noble regocijo brotado al recuerdo de su establecimiento, hace diez

lustros, en el suelo ecuatoriano, se une la conmemoración, gloriosa y fúlgida, pero triste en todo caso, del fallecimiento de su Padre y Fundador. Si ha dejado él difundida por el mundo la fragancia de sus virtudes, el perfume de sus merecimientos y el ejemplo de sus obras inmortales; no escuchan ya sus hijos su dulce y benefactora voz; no reciben ya sus consejos paternos ni contemplan su dulcísimo semblante. Sucede respecto de él, lo que con las flores que se marchitan en los jardines, y con los frondosos árboles del bosque que se vienen a tierra al peso de los años: queda flotando a su alrededor, a manera de incienso, su esencia y su perfume; pero ya no se admira el florecimiento de sus capullos, ya no se halagan las pupilas con los colores de sus pétalos; no se escucha ya el murmullo de la brisa que jugueteaba entre las frondas, ni se deleita el alma con el canto de las aves que se columpiaban en su ramaje.

Mézclase, asimismo, a las múltiples manifestaciones de simpatía de parte de los ecuatorianos, sin distinción de clase, credo ni condición hacia los hijos de Don Bosco, el hondo pesar por la infausta pérdida de sus florecientes fundaciones orientales, en las que

fincaban su gloria y porvenir, ocasionada por fuerzas irresistibles de la Naturaleza, voraces, destructoras, implacables.

Ah! Siempre el dolor oscureciendo las horas de razonable y delicado gozo! Siempre las sombras disminuyendo el brillo y la majestad del horizonte! Siempre las nubes revoloteando en los espacios para opacar la refulgencia de los rayos del sol!....

* * *

Para concluir, os recordaré brevemente un episodio muy significativo de la vida de Don Bosco.

Refiere uno de los más autorizados biógrafos del Santo, que en la última entrevista que tuvo éste con el egregio y atribulado Pontífice Pío Nono, le introdujeron, por deferencia especial, a la modesta alcoba donde yacía de gravedad el eminente Pontífice. Don Bosco, reteniendo su emoción, avanzó cautelosamente hacia el lecho del ilustre enfermo, se arrodilló delante de él, y el Papa, casi moribundo, le habló con ternura y le dirigió, con voz entrecortada, estas inolvidables palabras: "Es un secreto que Dios ha

querido ocultarnos hasta ahora. Vuestra Congregación no es vuestra obra, sino de El.....”

Hilos de lágrimas caían en esos momentos por las mejillas del Santo Sacerdote arrodillado.....; y añadió el Pontífice: “Vuestra Congregación es nueva en la Iglesia, porque corresponde a tiempos nuevos, siendo a la vez secular y religiosa; con voto de pobreza y con facultad de poseer, participa del mundo y del claustro; sus miembros son claustrales a la par que ciudadanos libres y muestran al mundo la manera de hacer práctica la máxima de Jesús: dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Escribid a vuestros hijos lo que os estoy diciendo: vuestra Congregación florecerá, se dilatará milagrosamente y perdurará en los siglos futuros.....”

Así lo cumplió Don Bosco; y estas proféticas palabras se guardan y han de guardarse siempre escritas en los corazones salesianos.

Enero de 1938.

El Sr. Dr. Dn. Honorato Vázquez

Elogio del eminente azuayo
en la Sociedad Bolivariana, al
celebrar, en sesión solemne, el
«Día de la Cultura Americana».

[A hermosa y progresista Nación Antillana, la Patria de Martí y de Heredia, de Céspedes y Maceo, concibió la feliz idea de consagrar un día en el año para la celebración de la Cultura Americana; día en el que, cada país del Continente rendirá homenaje de admiración y de justicia a uno de sus hijos más ilustres.

Acogió entusiasta la noble iniciativa de Cuba la Conferencia Internacional de Buenos Aires celebrada en 1936; y esta patriótica y culta Sociedad Bolivariana, en acatamiento a tan alto ideal, ha elegido de entre nuestros más notables compatriotas al eminentísimo Sr. Dr. Dn. Honorato Vázquez, para que se le rinda hoy el solemne homenaje de

que es merecedor, como a muy digno representante de la Cultura Nacional, y aún más, de la Americana.

Y he aquí que élla — la Bolivariana — háme honrado generosamente designándome para que os dirija hoy la palabra en honor de nuestro insigne compatriota.

Ferviente admirador del Dr. Vázquez de tiempo atrás, he aceptado de buen grado la designación, a pesar de no creermé merecedor de élla; y comienzo por aplaudir altamente a mis distinguidos compañeros de esta Sociedad, por el acierto con que han procedido al presentar al insigne azuayo a la consideración de la gran Patria Americana, como uno de sus más preclaros hombres de letras, que han aportado el concurso de su fecundo ingenio a las manifestaciones excelsas del espíritu.

Honorato Vázquez fué, en verdad, una alma delicada, un cerebro poderoso, un espíritu selecto, floración múltiple y radiosa en los inmensos campos de la literatura, del arte y de la ciencia. Fué un ejemplar admirable de abnegación y de constancia, para pulir día a día sus facultades, ensanchar sus conocimientos y nobilizar su alma, haciéndolo

les servir, en armonioso concierto, en beneficio de sus altos ideales: Dios, la Patria y la Familia. Fué una enseñanza viva y eficiente de virtudes singulares y de grandeza moral, que atraieron hacia sí la admiración y el respeto unánime de sus compatriotas.

Su talento profundo abarcó cuanto puede captar y difundir una mente privilegiada: jurisprudencia, poesía, ciencias públicas, religión, bellas letras, derecho internacional, historia, lenguas vivas y muertas. . . . ; y todo lo conoció, y todo lo supo ampliamente, y de todo escribió obras admirables, dejando huellas imperecederas de su gran corazón y de su mentalidad poderosa.

Literato, en la más amplia acepción de la palabra, creó bellísimas producciones en prosa y en verso, que demuestran, con claridad asombrosa, la delicadeza de sus sentimientos, su acendrada religiosidad y su intenso patriotismo. Sus libros «Arte y Moral», «Piedad y Letras», «Ecos del Destierro», lo prueban de modo indubitable. “El título mismo de «Piedad y Letras», — dice el inspirado poeta y escritor Remigio Romero y Cordero — aliando está al creyente con el literato, poniendo está junto al santo el sabio”

Conocedor profundo de las letras españolas y de las hispano-americanas, contribuyó eficazmente al incremento y esplendor del idioma de Castilla, con sus importantísimas obras: «Cuestiones Gramaticales», «Reparos sobre nuestro lenguaje usual» y «Contribución a los Trabajos de la Real Academia Española»; y rescató, como decía Rodó refiriéndose a Montalvo, de la condena del tiempo, un fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir.

Y son de mérito tal las obras citadas, que por ellas se ha considerado a Vázquez, en América y en España, como verdadero Maestro en Filología, y además, le hicieron ellas acreedor a múltiples distinciones de parte de Asociaciones científicas y literarias, de la talla de las que voy a enumerar: Academia de la Lengua de Madrid, Real Academia Española de la Historia, Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Real Sociedad Geográfica de Madrid. . . . Y de todas ellas fué, o Miembro Honorario, o Activo, o Correspondiente; y de la primera de las indicadas, recibió su nombramiento a propuesta de los eminentes literatos Don Mariano Catalina, Don Manuel Cañete y Don Ramón de Campoamor.

Dulcísimo poeta, sus composiciones han sido elogiadas con los epítetos más honrosos por los mejores críticos nacionales y aun por los extranjeros. En ellas se transparenta su alma, nítida, pura, de exquisita dulcedumbre, de profunda religiosidad y del más hondo patriotismo.

Remigio Crespo Toral dice: “en las letras españolas y americanas no se encuentra fácilmente un poeta que se haya formado con tanta conciencia de serlo y saberlo, como Honorato Vázquez”. Y en otro lugar, añade: “Vázquez cree, porque su fe no le cercena los vuelos de la razón, sino que le acerca a Dios, sol sin el cual la pobre razón humana no sería sino una lámpara solitaria ardiendo encima de un sepulcro”. Y refiriéndose a su poesía «Morenica del Rosario», añade que, “nadie habrá comunicado mejor que Vázquez al viejo lenguaje español sus impresiones, como el expresado vate lo hizo con tal poesía”.

José Rafael Bustamante se expresa así: “Vázquez es poeta, y poeta cuya delicadeza de emoción y firmeza de sentimientos, sobre fondo infinito de melancólica dulzura y espiritualidad, declaran la voz que es eco de una vida y resonancia de una alma. Leed

sus poesías y sentiréis desprenderse del verso clásico y puro la emanación melancólica del alma buena y santa, el flúido misterioso que viene de adentro, del dolor y del amor que acongojan infinitamente la sensibilidad delicada y matizada, distintivo del poeta auténtico. Recorred la historia de su vida y contemplaréis una figura a quien aureola un ideal, una creencia, una fe, que es visión de poeta, presentimiento, intuición de un espíritu que tiene el don del creador y el revelador”.

Y Trueba, en una carta dirigida desde Bilbao, dicele: “He leído repetidas veces y siempre con profunda emoción estos cantos avalorados con lo más santo y bello que puede realizar la poesía, que es el amor a Dios, a la familia y a la Patria. El volumen es pequeño en páginas, pero grandé en mérito literario y moral. Reciba Ud. con mi gratitud por habérmelo hecho conocer, mi sincera y entusiasta enhorabuena por haber honrado con él a la tierra americana y a la lengua de Castilla que en élla se habla”.

En sus «Sábados de Mayo» consagró Vázquez en Cuenca, en unión de Morcno y Crespo Toral, la poesía Mariana, que perdura hasta hoy y perdurará siempre, con un

tinte netamente nacional; pues, como expresa Romero y Cordero, "la poesía marial azuaya es vernácula, como el capulí y el cañaro, sus árboles simbólicos y totémicos".

En la mayor parte de sus poesías se transparenta un espíritu hondamente religioso, a tal punto, que casi puede considerársele como poeta místico; y lo propio acaece en sus obras literarias escritas en prosa. Léase cualquiera de sus producciones, recórranse los hechos de su larga y fructífera existencia, ya en sus días prósperos, como en sus horas de amargura, y se verá que sobre todos sus múltiples y nobilísimos ideales, lucían para él Dios y Patria. Sus mejores composiciones son las dedicadas a María, la excelsa Madre de Jesús; ha sido élla la más pura fuente de inspiración del poeta azuayo; y sus sentimientos de honda piedad realzan en la mayor parte de sus cantos, conmoviendo y dulcificando el alma de sus lectores.

No resisto al deseo de leer siquiera unos pocos tercetos de su hermosísima «Epístola» dirigida a su madre, desde el destierro:

"El sacrificio a Dios nos avvicina
me repite tu labio piadoso
límpido manantial de fe divina.

¡Ah! la acción del dolor es salvadora
y tu hijo, al recibirla, mira al Cielo,
cual planta tras de lluvia bienhechora.

¡Oh! no me llores por tenerme ausente,
llora sí por temor de que cobarde
esquive espinas mi menguada frente.

¿Por qué sólo dolor tu alma presente?
No te basta llorarme desterrado,
y ya lloras me muera de tí ausente.

Si Dios lo quiere así, también lo quiero,
por más que el corazón salte medroso
ante lo horrendo del latir postrero.

Pero ¡muerte cruel! ¡Oh madre mía!
sin besar en tu mano el crucifijo,
sin que con él presidas mi agonía;
sin que esa mano tuya al salir tu hijo
de este último destierro, le bendiga,
tal como en el primero le bendijo”.

El distinguido escritor peruano Percy Mac-Lean expresa en uno de sus artículos de crítica literaria, el siguiente concepto: “La Poesía en América para ser verdaderamente americana y nacional deber ser religiosa y no escéptica, debe ser patriótica, es decir, debe santificar los recuerdos nacionales, llorar en los padecimientos del pueblo, animarle a la generosidad y al progreso, ilustrarle y aplaudir sus triunfos”. Estas ideas pueden aplicarse perfectamente a las poesías de Vázquez.

Como publicista, escribió también notables opúsculos, publicados unos e inéditos otros: «Principios del Derecho Administrativo», «Código Político y Administrativo de la

República del Ecuador», «Manual Diplomático y Consular»; que revelan la amplitud de sus conocimientos y sus ideas acerca de estas ramas de la Ciencia de la Administración.

Fué también orador fácil y elocuente, y lo demostró en sus magníficos discursos académicos y en los que pronunciara en diversas circunstancias en que tuvo que dirigirse a sus compatriotas. Y tan fecundo era al escribirlos de antemano, como al improvisarlos sin preparación.

Oigamos a este respecto lo que dice su inteligente e ilustrado coterráneo, el doctor Remigio Romero León, refiriéndose a una ocasión solemne en que el doctor Vázquez, Rector de la Universidad de Cuenca, se dirigió a un público selecto. Se expresa así, en fábula antigua, semejante a la que, en veces, usaba Vázquez en sus obras: “Y cuando de hablar hubo, mi señor Don Honorato, porque la esperante multitud, ordenada y en silencio, llenado había el paraninfo, la Sala y el Claustro, abandonó el sitial de la Rectoría y con parlero sonrisar y elegantes y corteses ademanes, saludó gentil a las damas y marquesas, hasta allegarse a la tribuna y principiar la omelía con entonaciones de la voz, de quien es amaestrado en las Bellas

Artes y sabidor de cómo la lengua de Cervantes y Alfonso el Sabio, en torrentes de armonía, tiene primores para la expresión, matices para el arrebató, imágenes para la concepción, onomatopeya para la idea y ritmo para todo movimiento del alma. Habló en frases correctas y castizas, con propiedad y precisión de lenguaje y elegancia de cláusulas, todo en unidad de pensamiento y multiplicidad de ideas: sin retórica, pero dentro del arte; sin reglas, pero dentro de la técnica. Enseñó la verdad, diciendo claras razones con buenas palabras y con la sencillez del apóstol, para humanarse así como el sabio y el ignorante, con el grande y el pequeño, con el bueno y el malo, que persuadir y demulcir es el objeto de quien habla para enseñar, cuando todos callan para aprender. Vitores y aplausos resonaban por todas partes, y el caballero de la oración hablaba y de nuevo delicaba; hablaba y conmovía; hablaba y persuadía; hablaba y arrebataba; hablaba y enseñaba; hablaba y triunfaba, que bellos decires, hondos sentires y claros y nobles pensares, hermanados entre sí, adentrarse saben apacible, solemnemente y apasionadamente en el corazón de los que escuchan, embelleciendo toda virtud, afianzando todo esfuerzo, erradicando todo mal y curan-

do toda dolencia, que el espíritu en éxtasis no padece ni sufre dolor, porque es caridad y limosna, bálsamo y medicina la palabra que enseña y cura”.

* * *

Nuestro ilustre compatriota ha sido considerado, además, como verdadero Maestro de Juventudes, si por las lecciones de arte, de ciencia, de virtud y de patriotismo difundidas en sus obras, si por su vida laboriosa y digna, consagrada por entero al perfeccionamiento moral propio y al bien de sus connacionales.

Así lo reconoció la juventud intelectual ecuatoriana cuando, con motivo de la apoteosis que la República toda tributó al doctor Vázquez en 1931, le dirigió el siguiente telegrama, desde la Capital: “Mientras la República se conmueve en la glorificación de Usted, nosotros contribuimos a ella practicando las lecciones de patriotismo y de arte que supo darnos como Maestro de Maestros”.

“Con nosotros agradecen a Usted la Patria, la Lengua Española y la Belleza, pues le deben lo mejor que pudo hacer por ellas un hombre tan ilustre”.

Y esta manifestación tan significativa lleva las firmas de quienes representan honrosamente a la intelectualidad joven de nuestra tierra: las de César Arroyo, Augusto Arias, los hermanos Rumazo González, Alfredo Martínez, Remigio Romero y Cordero, y otros de tal categoría.

También en el Exterior fué valorada su personalidad como la de un Maestro. De ahí las múltiples distinciones y nombramientos que recibiera de Asociaciones Científicas y Literarias de Europa y América, las comunicaciones particulares de notables escritores nacionales y de ultramar, y los artículos de la prensa, escritos en su honor.

El eminente polígrafo y literato Don Ramón Menéndez Pidal, una de las notabilidades españolas de nuestra época, apreciaba en toda su valía las altas dotes y no comunes virtudes del doctor Vázquez, llegando a estrechar con él una amistad tan honda y sincera, que puede decirse que eran dos almas gemelas, dos espíritus afines en conocimientos e ideales.

Y cuando en España tuve la honrosa satisfacción de estrechar la mano del Marqués de Luengo y cambiar con él algunas frases acerca de su gran Patria y de la

nuestra, me fué muy placentero escuchar de sus labios, que el señor doctor Vázquez, a quien había tratado íntimamente, era para él, por su profundo talento, su vastísima erudición, su intenso amor patrio y sus excepcionales virtudes, uno de los personajes de mayor significación y valía de la América Española.

En el año 1928, el Ilustre Ayuntamiento de esta Capital otorgó al señor doctor Vázquez el título de CIUDADANO DE HONOR DE QUITO, distinción que no ha concedido hasta hoy a ninguna otra persona, y que fué aprobada unánimemente, sin distinción de colores políticos, por toda la Nación, representada por la prensa, los Centros Sociales y las Instituciones Culturales en general.

Es, pues, Honorato Vázquez una figura prócera del Ecuador, que representa genuinamente a la Cultura Americana y constituye, a no dudarlo, uno de nuestros inmortales.

* * *

Empero, la faz más brillante y más admirable en el doctor Vázquez, es la de jurisconsulto internacionalista y defensor integérrimo y eminente de los derechos territoriales de nuestra Patria.

Desde muy joven, cuando desempeñaba la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, se dedicó con tesón inusitado, con infatigable afán, a estudiar profundamente nuestro secular litigio de límites. Acopió documentos, revolvió archivos, consultó autores, y escribió su monumental «Memoria Histórico-Jurídica, acerca de los derechos territoriales del Ecuador», que, por sí sola, bastaría a colocarle a gran altura y le haría merecedor de la gratitud de sus conciudadanos.

Acrecentó todavía más sus conocimientos en esta materia, cuando sirvió a la patria en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en las Plenipotencias en el Perú y en Venezuela; y culminó su labor cuando Plenipotenciario Especial en España y Defensor de los Derechos Ecuatorianos ante el Real Arbitro.

Escribió entonces su magistral «Exposición», compendio admirable de ciencia, de historia, de jurisprudencia, de lógica y de patriotismo. Dió a luz, en seguida, otros libros insuperables de réplica, contraréplica, Memorandums y Refutaciones en pro de nuestra causa, presentando así una documentación y razonamiento tan completos, que demuestran, con claridad meridiana, la justicia que nos asiste.

Gonzalo Zaldumbide, cuando desempeñaba el Ministerio de Relaciones Exteriores, expresó, en ocasión solemne, estas palabras consagratorias de la obra a que me refiero: "El alegato del doctor Vázquez ante el Rey de España, es verdaderamente una Biblia; ni antes ni después nadie ha dicho una palabra en aditamento a lo que en él consta, siendo por tanto el trabajo más perfecto y completo que se ha publicado en relación a nuestro problema limitrofe".

Allí están, pues, constantes y palmarios, en su prístina pureza, los fundamentos del derecho legítimo del Ecuador a las tierras que reclama y que defiende.

Por desgracia, no se le ha reconocido prácticamente hasta hoy, a pesar de haber transcurrido más de un siglo desde la iniciación del diferendo. El Ecuador agotará todavía los medios correctos, pacíficos y razonables para ver de solucionarlo. Pero no debe abusarse demasiado de la nobleza de sus procedimientos, de su espíritu pacifista y de sus sentimientos sinceros de confraternidad americana, demostrados con hechos y actos positivos a la faz de sus hermanas de América; pues, podría llegar el caso de que, así como no faltaron Calderones y más héroes

que, guiados por el cerebro del Libertador y la espada de Sucre, consiguieron la independencia de la Patria, los haya también para recuperar nuestros derechos y defender nuestra dignidad.

Y la historia nos manifiesta que pueblos pequeños y, al parecer débiles han luchado como leones y admirado al mundo por su heroísmo, cuando las circunstancias lo han exigido, como la Bélgica de Alberto Primero y el Paraguay de Solano López.

Tiempo es ya de que el Ecuador resuelva levantar un monumento a su Defensor infatigable, a su benemérito hijo, señor doctor Vázquez, como reconocimiento público de sus merecimientos, y para ejemplo y estímulo de las generaciones venideras. Y aunque el Azuay tiene sobrados títulos para erigirle en su seno, desearía la Capital ser ella la que ostente su figura, por ser la de un personaje que honra por igual a toda la República y por haber sido designado, tiempo ha, CIUDADANO DE HONOR DE QUITO.

Octubre 13 de 1939.

La Sociedad Bolivariana del Ecuador

Prólogo a la Historia de la Sociedad escrita por el Socio activo Sr. Dr. Dn. Alfonso Mora Bowen.

CASI súbita ha sido la aparición, en el terreno de las letras nacionales, de un escritor de la moderna generación literaria, ilustrado, inteligente y culto, que, por anhelo de sus compañeros, se ha impuesto la noble tarea de ser el cronista, fervoroso y veraz, de la vida y actividades de la Sociedad Bolivariana del Ecuador.

El, con amplia visión de la obra patriótica de esa Sociedad, con criterio sereno y justo, en frase galana y castiza, narra en las páginas de esta obra la organización, las vicisitudes y los ideales de tan benemérita Asociación, que ha luchado incesantemente, durante algunos años, plena de emotividad y entusiasmo, por la realización de los nobles fines que desde su fundación se propusiera.

Organizada en el año 1926, a iniciativa de dos ecuatorianos meritísimos, admiradores hasta el frenesí de Bolívar y de su obra libertadora, ha ido creciendo continuamente en el número de sus adeptos, en calidad de socios activos o colaboradores, hasta abarcar en su seno —netamente patriótico y progresista— a representantes genuinos de todas las clases sociales: del Estado y de la Iglesia, de la ciencia y de las bellas artes, de las armas y de las letras, de la diplomacia y de la prensa, de las artes manuales y del obrerismo, abrigando, todos, en su interior, un solo ideal: la glorificación del Padre de la Patria, del excelso libertador de un mundo; unidos con los lazos de fraternidad, con prescindencia absoluta de las odiosas luchas de los partidos políticos; anhelantes por la implantación de las doctrinas de republicanism y democracia, —predicadas y practicadas por Bolívar—, no sólo en nuestra propia Nación sino también en sus hermanas de América, y llevando enhiesta en sus manos una sola bandera: la de la Patria.

Así, y sólo así, ha podido congregar esa respetable Corporación en torno suyo, de la manera más desinteresada y laudable, a toda la sociedad ecuatoriana, sin distinción de

clases, de rango ni de profesión. Allí han prestado y prestan su colaboración inteligente y fervorosa, la mujer ilustrada y culta, que siente palpitar aceleradamente su pecho a los impulsos y al calor del patriotismo; el jurisconsulto talentoso y recto; el sacerdote respetable y virtuoso; el literato espiritual y delicado; el profesional y el artista; el industrial y el artesano. ¡Hermosa y eficiente cooperación, producto espontáneo y noble de refinada cultura y de intenso patriotismo!

Fiel a su propósito inicial, e infatigable en la consecución de los medios necesarios para su altísimo fin, ve hoy la Sociedad Bolivariana del Ecuador realizado ya uno de sus principales anhelos: la erección en nuestra bella Capital del monumento que proclama, con las decisivas e inmortales voces del granito y del bronce, la gloria del Libertador, la excelsitud de su grandeza y la incomparable fulguración de su genio.

Y aunque la obra material no satisfaga las aspiraciones de nuestro exigente y profundo patriotismo; representa en sí la concreción del unánime anhelo nacional de rendir, ante las generaciones presentes y venideras, testimonio público e imperecedero de admiración y gratitud al héroe prodigioso, al es-

tadista incomparable, al inspirado orador, al excelso Padre de la Patria, al más insigne de los libertadores de América.

Las demás naciones del Continente, libertadas también por su triunfadora espada y por su energía y talento formidables, ostentan ya, en sus prósperas capitales, sendos monumentos que pregonan su grandeza y perpetúan su memoria. Y aun la Francia y los Estados Unidos de América, pueblos ple-tóricos de republicanismo, fervorosos por la libertad, admiradores del genio, le han rendido su tributo, erigiendo sobre soberbios pedestales la figura del Libertador.

No muy tarde le ofrecerán análoga pleitesía la sentimental Italia y la nobilísima España; ya que el Genio, en sus más altas manifestaciones, es patrimonio de la humanidad y ante él se descubren complacidos todos los pueblos de la tierra.

El Ecuador, que se gloria de haber sido en todo tiempo y al través de toda circunstancia, el pueblo más leal y sincero para con el Héroe Magno, le inmortalizó también en forma análoga, tiempo ha, en su metrópoli comercial, a orillas del majestuoso Guayas, en la libérrima y hermosa Guayaquil.

Si bien la Capital de la República, la noble y valerosa Quito, cuna de la libertad del Continente, ha retardado algún tanto, mal de su grado, en el cumplimiento de tan sagrado deber, anhelado con vehemencia durante todo el lapso de su vida independiente; ve hoy con inmenso júbilo realizado su ideal, si no con toda la magnificencia merecida por el héroe, pero sí con el más intenso de sus entusiasmos, con el más cálido de sus afectos y con las fruiciones más íntimas del alma nacional.

* * *

Por otra parte, hay en la historia de la libertad americana páginas gloriosas para nuestra patria, relacionadas con la vida múltiple y fascinadora de Bolívar, que la colocan, en cierto modo, en primacía especial, en lo que se refiere a su decisión por el Libertador y al reconocimiento que siempre supo hacer de sus excepcionales merecimientos.

Como ya lo dijo un eminente escritor ecuatoriano, el Ecuador ofrendó al Padre de la Patria, en vida, los más gratos homenajes, dándole su mayor poeta, una de sus hermosas mujeres y su mayor y más excelsa montaña.

En efecto, Olmedo, Manuela Sáenz y el Chimborazo, contribuyeron poderosamente a realzar las múltiples facetas de la vida y las obras del Libertador. Olmedo, que con su inspirado e inimitable canto, no igualado todavía, menos aún superado por ninguno de los trovadores de América, glorificó su nombre y sus hazañas en estrofas inmortales, colocando a Bolívar junto a los héroes de la inmortalidad clásica; Manuela Sáenz, que, con el fuego de su corazón apasionado neutralizó las contrariedades y reveses que acompañaron al Héroe en el camino de su magna empresa, y le libró de las criminales garras de los conspiradores septembrinos, evitando así a la América de llevar sobre su frente el estigma del más nefando de los crímenes; y el Chimborazo, que, con su majestad augusta y su belleza incomparable arrancó del cerebro del Libertador una de las páginas más hermosas de la literatura americana, rebo-sante de luz, de genialidad y poesía.

* * *

Con la erección del monumento, no ha terminado todavía la Sociedad Bolivariana toda la labor que se propusiera desde su

fundación y que encuadra en sus altísimos ideales.

Si algo ha hecho ya por difundir la gloria del Libertador en todos los ámbitos del Continente y ver de implantar en nuestro propio suelo y en las Repúblicas sus hermanas, las sublimes enseñanzas y los fraternales anhelos del Libertador, no dará por concluidas sus tareas mientras no los vea cumplidos, siquiera fuese en la medida de sus posibilidades.

Amplio campo le resta todavía para su actividad y para sus labores. Ver de extinguir y, por lo menos, disminuir los odios, los rencores y las intransigencias de los partidos políticos; establecer, en cuanto sea dable, la unión y la confraternidad entre los hijos de la misma patria, y hacer extensivos tan nobles anhelos — aunque hoy parezcan utópicos — en los pueblos del mismo origen, de la misma raza, de la misma religión, de idéntico porvenir, llamados a ocupar puesto distinguido, al conjuro de los ideales del Libertador, entre todos los pueblos del planeta.

Este sería el monumento más grandioso que se levantara en su honor y el que más perduraría en las generaciones venideras.

Muy bien se comprende que es harto difícil poder realizarlo; pero arrimemos el hombro para tal obra con decisión y con fe; seamos optimistas respecto de este patriótico ideal, aunque el pesimismo hubiese invadido nuestras almas en otro orden de consideraciones; y procuremos rendir esta honda pleitesía, este tributo supremo al Padre de la Patria, en esta ocasión solemne.

* * *

En las páginas que vais a leer, escritas con fe, con sinceridad y con amor, encontrareis las vicisitudes por las que ha atravesado la Sociedad Bolivariana, su profundo desinterés, su laudable patriotismo, los triunfos que ella ha obtenido, los reveses e infortunios que la han puesto descorazonada....; y trazado todo por la pluma de un bolivariano de corazón, de un joven escritor, para quien se le abren doradas las puertas del porvenir, y para el que reclamo, en justicia, un aplauso sincero de parte de mis consocios, y, aún más, de todos mis conciudadanos.

Julio 24 de 1935.

El Tratado Colombo - Venezolano

Palabras de congratulación, como Presidente de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, en la sesión solemne celebrada en homenaje a las Repúblicas de Colombia y Venezuela con motivo de su arreglo limítrofe.

[A Sociedad Bolivariana del Ecuador se siente altamente complacida al presentar, en esta sesión solemne, su congratulación sincera, fervorosa y cordial, a las Repúblicas de Colombia y Venezuela, hermanas entre sí, y hermanas de la nuestra, con motivo del arreglo amistoso y definitivo de sus diferencias limítrofes, realizado hace pocos días, con características especiales, en el puente internacional «Bolívar».

Tal acontecimiento, de altísima trascendencia y significación, es de importancia imponderable para toda la América, y de modo especial, para el Ecuador.

Lo es para la América, porque, como lo sabéis, este Continente está llamado a grandes destinos en lo porvenir, por la belleza y amplitud de su territorio, por sus riquezas naturales de diversa índole, por sus hombres notables en las ciencias, en las artes, en las industrias, en la agricultura y en el comercio, por sus afanes de mejoramiento cada día más creciente y por los elementos de cultura con que cuenta en todas las secciones de su vastísima extensión. Quizá por estas consideraciones, manifestó el sabio Humboldt, que América será algún día el centro de la civilización del globo.

Pero este porvenir glorioso podrá ser efectivo si todas las naciones americanas florecen y prosperan a la sombra de la paz; si hay entre ellas la mutua comprensión, la franca solidaridad, la solución definitiva y pacífica de sus diferendos y la verdadera confraternidad internacional. De lo contrario, si reinara entre ellas el egoísmo, el odio o las ambiciones desapoderadas de las unas en perjuicio de las otras, no sólo retrocederían en el camino de la civilización, en que con tanto ardor han emprendido, sino que sembrarían por doquiera la ruina, la desolación y la muerte.

Ved, si no, lo que está pasando en la actualidad en la milenaria Europa, que fué el prototipo de la civilización y del progreso.

Y lo es especialmente del Ecuador, porque nuestra patria formó parte un día de la Gran Colombia de Bolívar y constituyó, en unión de sus tres hermanas, Colombia, Venezuela y Panamá, una sola Entidad nacional e internacional. Si nos separamos de ellas políticamente, a igual que Venezuela, y después Panamá, para constituirnos en Estado independiente, esta separación no existe en el fondo del espíritu nacional de estos pueblos; pues los une profundamente el origen, la raza, la religión, las instituciones, la cultura y sus esfuerzos y heroismos comunes para alcanzar su emancipación, en la magna gesta libertadora.

De ahí que sus glorias son comunes entre sí; los triunfos de la una, triunfos son también de las demás; sus inquietudes, lo son de todas ellas, y sus problemas en cualquier orden de ideas, son comunes también.

Además, el acto trascendental Colombo-Venezolano, que hoy aplaudimos con toda la efusión de nuestros corazones, es motivo especial de satisfacción para esta Sociedad Bolivariana, que me honro en presidir; ya que

ésta no sólo se ha propuesto honrar al Libertador y más héroes de la independencia americana, de la mejor manera posible, sino también cooperar y aplaudir la realización de los ideales de Bolívar, del Genio superior, del héroe máximo, del estadista incomparable y del prohombre de América.

Esos ideales fueron, como lo sabéis, la paz y la armonía en lo interior de las naciones, el apaciguamiento de las pasiones políticas en el seno de ellas, sin perjuicio de que cada cual conserve y defienda su ideología, pero de modo de poder aunar todos los esfuerzos de los ciudadanos a la consecución del progreso y del bienestar general, y, por consiguiente, de la Nación.

Y en lo internacional, los mismos sentimientos de confraternidad y unión, la solución amistosa y equitativa de sus dificultades y litigios, la cooperación mutua en lo político y en lo comercial, a fin de presentarse unidas y fuertes ante cualquier evento o emergencia que pudiera suscitarse en lo porvenir.

Y el hecho que hoy conmemoramos, el notable y hermoso ejemplo que hoy aplaudimos, es precisamente la realización práctica de uno de los postulados más fervientes de

la doctrina de Bolívar; y por ello, la intensa satisfacción de esta Sociedad.

Así lo han comprendido también los ilustres Presidentes de Colombia y de Venezuela y los dignos representantes de esas naciones amigas en nuestra patria, el Excmo. Señor Embajador de Colombia y el Excmo. Señor Encargado de Negocios de Venezuela, aquí presentes, a quienes les reiteramos nuestra calurosa felicitación por tan magno acontecimiento.

Tanto en los discursos pronunciados en el límite internacional Colombo - Venezolano por los ilustres Presidentes de esas Repúblicas, como en las magníficas oraciones de los cultísimos representantes de ellas, leídas hoy en esta sesión solemne, se reconoce y proclama, de la manera más enfática y cabal, que el hecho a que nos referimos es una consecuencia, una aplicación efectiva de los ideales y doctrinas del Libertador.

* * *

Tres etapas diversas, todas ellas importantísimas, ha tenido en mi concepto la Sociedad Bolivariana en su vida de desenvolvimiento y actuación cultural y patriótica.

En la primera, tuvo por ideal primordial y magnífico, erigir un monumento a Bolívar en esta Capital, una de las pocas de las naciones libertadas por él que no lo ostentaban todavía. Alrededor de este alto fin, giraban todas sus demás actividades. Levantó el espíritu cívico, enfervorizó a las multitudes, caldeó el ánimo del pueblo, y con la cooperación entusiasta y patriótica de todos: del Gobierno, de los Municipios, de las Sociedades culturales, de los ciudadanos pudientes y del pueblo en general, levantó el monumento que hoy se ostenta en uno de los sitios más bellos de nuestra ciudad.

La etapa segunda, se distinguió principalmente en atraer a las demás naciones del Continente para que, representadas por sus respectivos emblemas, acudieran a esta Casa del Libertador, a rendirle sus homenajes y acompañarle perpetuamente. Las naciones americanas, y aun algunas europeas, acudieron solícitas a presentar sus banderas ante la gloria del Libertador, espontáneamente unas, a la más leve insinuación ótras; y aquí están, como veis, todas ellas representadas noblemente ante la efigie de Bolívar, formándole una guardia de honor, gloriosa e inmortal.

La Sociedad, al recibir cada uno de los emblemas que con generosidad se le ofrecían y enviaban por medio de los dignos representantes de cada cual de los países donantes, cumplía su deber, recibiendo en sesión solemne dichos emblemas, agradeciendo efusivamente tan valiosa donación, y haciendo al propio tiempo la apología de las respectivas naciones. Hacía recuento, en frases sintéticas, pero sinceras, de sus hombres notables, de sus sabios, sus estadistas, sus literatos, sus jurisconsultos y sus poetas; recordaba sus glorias nacionales, la firmeza de sus instituciones, la valía de sus heroicidades, y correspondía en esta forma la noble actitud de sus hermanas del Continente y de fuera de él.

Desde hace poco tiempo, ha entrado la Sociedad a su tercera etapa, esto es, a aquella que se refiere a cooperar de cuantas maneras le sea posible al establecimiento, difusión y realización de los ideales del Libertador, a aplaudir oportuna y eficazmente los hechos nacionales e internacionales que hayan sido inspirados en ellos, y a reprobar los actos y procedimientos que se opongan a las fecundas y benéficas doctrinas bolivarianas.

He ahí por qué el acto que conmemoramos ha merecido la más ferviente congratulación de esta Sociedad, la que me honro en presentar nuevamente a los dignos representantes de las naciones signatarias del convenio amistoso, pidiéndoles se sirvan trasmitirla a los pueblos colombiano y venezolano, para los que abrigamos muy hondas simpatías y cordial confraternidad.

* * *

Hay un detalle, al parecer insignificante, pero en mi concepto de gran significación, en la firma del Tratado a que nos referimos, en el puente internacional.

Los dos ilustres Presidentes, Dr. Dn. Eduardo Santos y General Eleazar López Contreras, se han dado el abrazo fraterno a la sombra de un hermoso retrato del Libertador. Paréceme, señores, que en esos momentos la luz esplendorosa del Genio de Bolívar ha iluminado intensamente los cerebros de los dos representantes de las naciones hermanas, para que esa luz se refleje, en forma de nobilísimo ejemplo, por sobre las cumbres de los Andes y al través de sus

bellísimos horizontes, a todas las naciones del Continente americano. Y quizá esa luz pudiera también reflejarse con igual intensidad en todo el ambiente que cubre nuestro planeta, para que produzca tan saludables efectos en las demás naciones del globo.

* * *

Para concluir, réstame sólo agradecer debidamente a los Excmos. Representantes de Colombia y Venezuela por sus benévolas frases vertidas hoy en sus discursos en favor de esta Sociedad; a los señores Ministros de Estado, a los representantes de las demás naciones amigas, a las señoras y señoritas que han honrado esta sesión, a los círculos culturales, a los representantes del ejército y la prensa, a la digna Directora y las alumnas del Liceo «Simón Bolívar»; al distinguido Secretario de esta Sociedad, que con su brillante discurso ha dejado bien puesto el nombre de ella; a los señores General Chiriboga, Dr. Luis F. Borja, y Cnel. Nicolás F. López por las valiosas frases con que se sirvieron hacer la entrega de las banderas gran Colombianas a las niñas del indicado Liceo; a la señorita Leonor Cevallos que tan bella-

mente recitó la florida composición poética del Dr. Gabriel Villagómez; y en general, a todas las personas que se han dignado honrar con su asistencia esta sesión solemne y han escuchado benévola-mente mis modestas palabras de congratulación.

Abril 15 de 1941.

El Rvdo. Padre
Pedro María Gialorenzo, S. S.

En el acto público realizado en homenaje al Director del Instituto «Don Bosco» de Quito, al celebrar sus Bodas de Plata sacerdotales.

EN breves frases, pero hondamente sinceras, vengo hoy a expresar al meritísimo Director de este Instituto, R. P. Pedro María Gialorenzo, nuestras cálidas felicitaciones y nuestra profunda simpatía, con ocasión del vigésimo quinto aniversario de su ordenación sacerdotal.

Los Cooperadores Salesianos, a quienes sin merecimiento alguno represento, sentimos verdadera fruición al estrechar calurosamente la mano y dirigir palabras de consideración y afecto al benemérito sacerdote, que ha tenido el don especial de atraerse nuestros cora-

zones, por su esmerada cultura, su atractiva modestia y sus acendradas virtudes:

Meritísimo hijo de Don Bosco, en su anhelo de hacer el bien, en la amplitud que le sea dable, durante su paso por la tierra, y, en especial, en lo relativo a la educación e instrucción de la niñez desvalida, ha procurado siempre difundir las enseñanzas, implantar los métodos y seguir en todo las luminosas huellas de su Venerable Maestro.

Sí, el R. P. Gialorenzo es un ejemplo viviente de lo que son y deben ser los más preciados discípulos de Don Bosco; y no me excuso de decirselo hoy, aun a riesgo de herir su ingénita modestia. Como sacerdote: virtuosísimo, abnegado, infatigable en el cumplimiento de sus deberes, celoso por la gloria de Dios y de su Santísima Madre, María Auxiliadora. Como amigo: afable, culto, sincero, pronto siempre a corresponder con nobleza las consideraciones y afectos que se le prodigan. Como Director de este Instituto y educador de la niñez: suave, dulce y cariñoso, sin mengua de la rectitud y la prudencia que son necesarias para conducir a profesores y alumnos por los senderos de la corrección y del bien.

Y es así como conseguía Don Bosco sus anhelados triunfos. Y es de este modo como realizaba sus más altas aspiraciones. Y de esta manera es como atraía los corazones de los niños y los modelaba convenientemente para su felicidad propia, para el brillo de sus familias y para que fuesen útiles y benéficos a sus conciudadanos.

Refiérese de Pestalozzi, el gran educador europeo, que llegó un día a él un alto personaje llevándole un hijo suyo — a quien juzgaba dotado de capacidad y contracción suficientes — para que lo educara lo mejor posible, de perfecto acuerdo con sus métodos de enseñanza. Transcurrido poco tiempo, llamó el ilustre profesor al personaje aquel y le dijo: “aquí tiene Ud. a su niño; llévele a otro Colegio, ya que poco o nada aprenderá junto a mí”. “Qué?, repuso el padre, le faltan quizás a mi hijo las aptitudes necesarias para aprovechar de sus luminosas lecciones?”. “No; contestóle el profesor: estimo condición necesaria para que un alumno aproveche ampliamente las enseñanzas de su maestro, que tenga para con éste algún afecto, alguna simpatía, por lo menos; ya que, entonces, se afanará por fijar su atención en las ideas que él trate de transmitirle,

en las doctrinas y conocimientos que se empuñe en inculcarle; y se interesará en estudiar concienzudamente para satisfacer sus anhelos y no contrariar su voluntad; pero no sucede lo propio, si el alumno siente aversión hacia su profesor; y, por desgracia, es éste el caso actual".

Paréceme, señores, que el R. P. Gialorenzo profesa estas mismas ideas educadoras; y así, procura agotar sus bondades para con los pequeñuelos que están bajo su custodia, para inspirarles amor al estudio, confianza para con el profesor, afán por el trabajo y satisfacción en el cumplimiento de sus deberes.

* * *

Y como sacerdote y Ministro del Señor?....
Ah! Veinte y cinco años de subir diariamente a los altares, a renovar sobre el ara el inmortal sacrificio de la Cruz; veinte y cinco años de tomar en sus manos la hostia santa, para transformarla, para transubstanciarla, mediante las palabras litúrgicas, en el cuerpo mismo del Divino Crucificado; veinte y cinco años de ejercer su sagrado ministerio con inquebrantable constancia, con abnegación

perfecta, con virtud ejemplar; muy digno es de conmemorarse debidamente, ya que, a más de su significado excelso, os recuerda a vos, R. P. Gialorenzo, una fecha de inenarrables emociones y de dulzuras celestiales.

Rememoremos, por un momento, una de las inmortales escenas de la vida de Jesús. Vedle en la noche de la Cena departiendo dulcemente con sus discípulos, palpitante de amor su divino pecho y sintiendo ya, por bien próximas, las amarguras infinitas del cruento sacrificio; toma el pan entre sus benditas manos, levanta sus ojos al cielo como en actitud de plegaria hacia el Eterno Padre, bendice humildemente el pan y lo reparte bondadoso a sus apóstoles, diciéndoles: "tomad y comed, que este es mi cuerpo".

Y, ¡oh misterioso prodigio!: el sacerdote católico renueva diariamente en el altar esta escena providencial y sublime. Se reviste de las insignias de la pasión, purifica su alma, se aproxima al ara, toma en sus manos la sagrada hostia, pronuncia sobre ella, lleno de intensa emoción y poniendo en sus palabras todo su espíritu, las frases sacramentales; y después de confortarse él mismo con el pan de los ángeles, lo distribuye también entre los fieles, diciéndoles: "tomad y comed;

este es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que custodiará vuestras almas para la vida eterna”.

En verdad, no hay misión más sagrada ni más admirable que la del sacerdote católico. Y cuando él se hace digno de ella por sus virtudes, por su abnegación, por su humildad, su saber y sus sacrificios, es acreedor, no sólo al profundo respeto, sino también a la veneración de nuestras almas.

* * *

Termino ya. Deseosos los Comités de Cooperadoras y Cooperadores Salesianos de esta capital de tributaros, R. P. Director, un homenaje de congratulación sincera en las Bodas de Plata de vuestra ordenación sacerdotal, han organizado este acto, que revela tan sólo el hondo afecto que os profesamos todos, la satisfacción que sentimos porque hayais llegado a este vuestro día glorioso, y los fervientes votos que hacemos al Cielo porque vuestros años se prolonguen “hasta que lleguen a tantos, como gotas en la lluvia, como frondas en el árbol”, según lo dijo hermosamente el poeta azuayo.

Distinguidas señoras y señoritas de nuestra culta sociedad, ilustrados caballeros y notables artistas nos han prestado gustosos su muy valioso contingente para haceros esta demostración. Nuestra intensa gratitud para con todos, y nuestros fervientes aplausos para cada cual.

Y vos, R. P. Gialorenzo, aceptad las manifestaciones cordiales que en este acto os ofrecemos, y que no son otra cosa que vibraciones espontáneas de nuestros espíritus hacia el sacerdote virtuoso y austero, hacia el amigo culto y afectuoso y el dignísimo discípulo del benemérito Don Bosco, que, con suavidad y acierto laudables, dirige esta Casa de educación popular, en donde se prepara a la niñez desvalida y pobre, para las proficuas labores de la Ciencia, que levanta, de la Religión, que espiritualiza, y del Trabajo, que ennoblece.

Enero 28 de 1934.

La misión del Maestro

Pocas líneas en homenaje al magisterio nacional, a insinuación de «El Telégrafo» de Guayaquil.

EL espíritu humano es, desde que nace a la vida, un gran enigma, un profundo misterio, que es menester descubrirlo y descifrarlo, en cuanto sea dable, por ser lo más alto y noble que existe en la Creación.

Escudriñado ya, y conocidos los gérmenes, buenos o malos, que en su fondo encierra; es necesario fecundizarlos o destruirlos, según la calidad de ellos, por medio de la ciencia, del arte, de la educación, a fin de que fructifiquen los primeros y se extingan los segundos, para provecho del individuo y de la sociedad.

Y es ésta la misión elevada, difícil y profunda del maestro, del educador.

Así, pues, cada maestro, cada educador es, en cierto modo, un nuevo Colón, que dirige la proa de sus facultades hacia el descubrimiento de nuevos mundos, que, cultivados por él sabiamente, noblemente, rendirán óptimos frutos en lo porvenir, para el bien y el progreso de la humanidad.

Abril 13 de 1937.

Breves alocuciones bolivarianas

En la sesión solemne del 24 de Mayo de 1941, en honor del Gran Mariscal de Ayacucho.

EL Sr. Dr. Luis Felipe Borja, digno Presidente Honorario de esta Institución, acaba de pronunciar, en representación de ella, un magnífico discurso en homenaje a nuestro Libertador en Pichincha, el insigne Mariscal Antonio José de Sucre.

Con la elocuencia y erudición que le son propias, ha hecho fervoroso recuento de las cualidades y virtudes, egregias e indiscutibles, del excelso Mariscal, y de los hechos gloriosos que, realizados en estos pueblos americanos, atestiguan su talento militar y su heroísmo.

Con documentos valiosos ha demostrado en su disertación los nobles procedimientos

de que siempre usó el ínclito Sucre en la magna gesta libertadora, y su devoción inquebrantable al inmenso Genio de Bolívar. Ha leído memorables páginas de su correspondencia, que revelan su alteza de miras, su clara visión y la modestia de su carácter. Fué, en verdad, el más excelso de los Tenientes del Libertador.

Y a este respecto, recuerdo en estos momentos solemnes, algunas de las magistrales frases del Vencedor de Ayacucho en su Mensaje dirigido al Pueblo Boliviano, cuando Presidente de esa nación, hermana de la nuestra.

He procurado, —decía a sus conciudadanos— cumplir estrictamente con los deberes del alto cargo con que me habéis honrado; he dado las mayores garantías a los derechos inalienables de todos los ciudadanos; he impulsado el adelanto nacional en todas las formas que me ha sido posible; he cuidado de la recta inversión de los dineros fiscales, producto del trabajo de vuestros compatriotas; he sancionado los actos delictuosos, de conformidad con la ley y la justicia; he puesto, en suma, en juego mis modestas facultades para labrar, en cuanto me ha sido dable, el bienestar de todos mis gobernados.

Y ahora, lo que os pido encarecidamente, como galardón a mis esfuerzos, es que designéis una comisión de vuestro seno, señores Legisladores, compuesta de los hombres más independientes, más honorables y más rectos con que cuenta esta Asamblea, para que estudien mis actos de gobernante, los analicen serenamente, y si encontraren, acaso, hechos que desdigan de mi honorabilidad, que acusen falta de interés por el bien público o, lo que sería peor, falta de honradez en el manejo de los caudales públicos o visos de tiranía en mis órdenes gubernamentales, me apliquéis la sanción correspondiente.

Qué hermosa lección dada a los gobernantes todos, no sólo de nuestra América, sino también de las demás naciones del globo!.....

* * *

Bolívar y Sucre, con ser tan diferentes en muchas de sus cualidades y a pesar de estar dotados de diverso temperamento, se comprendieron muy bien y fué el uno complemento del otro en las actividades y proezas de la gesta libertaria de América.

Bolívar era el volcán hirviente que derrama su candente lava por entre los riscos y las peñas; Sucre, el suave calor del valle que hace germinar las plantas y las flores a su alrededor. Bolívar, la catarata horrenda que se precipita desde la altura para inundar con sus aguas las florestas y los valles; Sucre, el arroyuelo tranquilo y manso que besa apaciblemente y arrulla con suavidad a las plantas de la orilla. Bolívar, el huracán tempestuoso que destroza los cedros y los robles majestuosos de la selva; Sucre, la brisa acariciadora que mece levemente las espigas y corolas, haciéndolas exhalar su perfume. Bolívar fué el torrente incontenible de hechos epopéyicos; Sucre, el manantial apacible que se deliza suavemente por las márgenes de la magnanimidad y el heroísmo. Bolívar era el genio arrollador y extraordinario; Sucre, el espíritu moderador y tranquilo.

* * *

La Sociedad Bolivariana ha inaugurado hoy, en su Salón de Próceres, un magnífico óleo del Libertador, trabajado por el artista nacional Dn. José Miguel Murgueytio, óleo que lleva áureo y artístico marco, de no co-

mún elegancia. Aquí lo tenéis, rodeado de los emblemas de todas las naciones americanas y de algunas europeas, que le hacen guardia de honor, gloriosa e inmortal.

Que él presida siempre las sesiones de esta Sociedad que le admira y anhela realizar sus enseñanzas; que inspire siempre a los oradores y poetas que en este recinto, patriótico y sagrado, vienen a ensalzar sus victorias, a rendirle sus homenajes y a tributar pleitesía a los demás luchadores por la independencia; y que comunique el fuego inmortal de su patriotismo a todos los miembros de esta Sociedad y a los ecuatorianos todos, a que ofrezcamos amar fervientemente a la Patria, ensalzarla, venerarla, y defenderla a costa de todo sacrificio.

Al pie del Monumento a Bolívar, el 5 de Julio de 1941, aniversario de la República de Venezuela.

NO podía pasar desapercibido para la Sociedad Bolivariana, que sin merecimiento alguno presido, el glorioso aniversario de nuestra benemérita hermana, la heroica Venezuela. Debía en el día de hoy expresarle, una vez más, por medio de su digno Representante en nuestra patria, — que nos acompaña ahora en este lugar —, nuestros afectos, nuestra admiración y nuestra sincera confraternidad; lazos que nos han unido desde la época inmortal de nuestra independencia y que no se desatarán jamás.

Venezuela, país culto y progresista, avanza de frente hacia el porvenir; y luce en la actualidad en las ciencias, en las artes, en las letras y en las instituciones públicas. Su ilustre Academia de Historia, su benemérita Sociedad Bolivariana, sus Entidades literarias..... proyectan luz y derraman enseñanzas

de saber y de civismo en todos los ámbitos americanos.

Hirviente foco de patriotismo, emporio de héroes, sus luchadores por la independencia fueron: Miranda, el precursor; Sucre, el invicto Mariscal, y Páez, y Briceño, y Montilla, y Monagas, y mil más, que pusieron su talento, su valor y sus energías al servicio de la causa nacional más elevada y noble.

Y por sobre todos, el inmortal Bolívar, el genio por excelencia, de quien dijo un eminente literato ecuatoriano "que hizo brotar naciones donde clavó la punta de su espada".

A este héroe extraordinario han dedicado sus brillantes plumas y los mejores cantos de su lira, los más ilustres pensadores, literatos y poetas del Continente: Rodó, Martí, Montalvo, Olmedo, Baralt, Blanco Fombona, Bello, Lecuna, Crespo Toral, González Suárez, y, en general, todos los escritores brillantes y patriotas, que han florecido y florecen del uno al otro extremo de América.

De ahí que, como lo dijo a presencia del Libertador un fervoroso patriota: "con los siglos crecerá su gloria, como crece la sombra cuando el sol declina".

* * *

Acaba de manifestarnos el distinguido Representante de la nación hermana, que hoy día se realizarán en la Capital de Venezuela, en glorificación a la patria y a su héroe magno, actos trascendentales de patriotismo: acudirán autoridades y pueblo, en desfile solemne, a la tumba del Libertador y abrirán el arca que contiene sus cenizas, para depositar allí sus afectos, su gratitud y sus recuerdos; visitarán la casa de Bolívar, cofre venerando que guarda sus preseas; irán al museo nacional bolivariano a admirar una vez más las reliquias que allí se conservan de la gesta libertadora. Y todo esto, llevando en el espíritu prendida la llama del más intenso fervor cívico.

¿Qué podría yo añadir a las bellas frases del distinguido Representante venezolano, Sr. Dr. Pérez Perozo? . . . ¿Qué arca podríamos abrir hoy en nuestra patria, para rendir homenaje al Libertador? . . .

Abramos el arca sagrada del alma ecuatoriana, en donde se depositan con patriótica veneración, los recuerdos, los afectos y la

intensa admiración hacia la hermana Venezuela y hacia el más excelso de sus hijos: Bolívar.

La Sociedad Bolivariana del Ecuador expresa, por mi medio, su más fervoroso agradecimiento al digno Representante de Venezuela por sus benévolas frases en honor de ella y por su cooperación valiosa a este significativo acto; al patriota profesor del «Centro Educativo Venezuela» por su discurso sentimental en elogio de la nación hermana; al digno miembro de nuestra Sociedad, el delicado poeta Dr. Wenceslao Pareja por su bella composición recitada en estos momentos; a la Directora y educandas del mencionado centro de educación, por su asistencia a esta ceremonia trayendo al propio tiempo su ofrenda para depositarla ante el monumento de Bolívar junto a las de Venezuela y de la Bolivariana; y a todas las personas que han solemnizado este acto, que simboliza, en su sencillez, la íntima unión fraterna entre Venezuela y el Ecuador.

En la tumba del Mariscal Antonio José de Sucre, el 4 de Junio de 1941.

CONMOVIDOS hemos presenciado los miembros de la Sociedad Bolivariana los emocionantes y patrióticos actos, que se han realizado hoy ante el sepulcro del gran Mariscal de Ayacucho, nuestro libertador en Pichincha.

Las alumnas de la Escuela «Fernando Pons» y de otros centros culturales, portando en sus manos el estandarte nacional y con la más profunda devoción cívica, han colmado de flores y circundado de coronas el venerando sarcófago del benemérito cumanés. Han recitado fervientemente en su loor, bellísimas composiciones poéticas de inspirados autores nacionales, y han verificado la bendición solemne, por manos del Exmo. Monseñor Forni, decano del Cuerpo Diplomático y dignísimo Nuncio Apostólico, del estandarte que presidirá sus estudios y la formación cívica y

cultural de sus corazones, renovando en su interior, ante los restos del gran Mariscal, sus afectos y admiración hacia él y sus propósitos elevados y nobles para con la patria.

Es así, distinguidas Profesoras, cómo se educa a la niñez y a la juventud, y cómo se ennoblece y se levanta su espíritu. Enseñándoles desde muy temprano a amar a la Madre común, a ofrecerle su veneración y sus sacrificios, y a dedicarle desde los primeros años, para el resto de su existencia, sus conocimientos, sus energías y su vida toda. Acostumbrándoles a ensalzar su nombre, a venerar a sus héroes, a honrar a sus hombres ilustres y a difundir sus glorias inmortales.

Al propio tiempo, hemos escuchado brillantes piezas oratorias de la distinguida bolivariana, Sra. Dña. Mercedes Viteri de Huras y del señor Director de Educación, Dn. Manuel Coello Peñaherrera; la primera, a nombre de la Sociedad que hoy rodea conmovida este catafalco, y el segundo, en representación de las escuelas educacionales de la Capital.

Hemos saboreado también el magnífico discurso del inteligente Encargado de Nego-

cios de la República de Venezuela, Sr. Dr. Pérez Perozo; y todos los oradores han expresado, llenos de sentimiento y de amor patrio, su admiración por el héroe y por sus múltiples e incomparables victorias.

La Sociedad que represento os agradece ardientemente; y vos, digno hijo de nuestra hermana Venezuela, decid a vuestros conciudadanos, que aquí en el Ecuador, aquí en Quito, es venerada profundamente la memoria de Sucre, que mi patria le ha inmortalizado en diversas formas, que le ha honrado de cuantas maneras le ha sido posible, y que sus venerandos restos reposan en nuestra Catedral Metropolitana, a la sombra de la Cruz, y en el corazón mismo de la Capital, como su memoria palpita incólume e inmortal en el corazón de los ecuatorianos.

* * *

En este mismo templo resonó, en ocasión solemnísimas, cuando fueron encontradas las cenizas del heroico Mariscal, la voz majestuosa, excelsa y autorizada, de uno de los más insignes ecuatorianos, del gran González Suárez, en elogio del vencedor en Pichincha.

Me parece que todavía resuenan sus palabras magistrales entre las bóvedas de este templo, y que todavía se escuchan, como entonces, los aplausos de admiración de todos los circunstantes. Tuvo frases tan inolvidables, que las recuerdo todavía en estos momentos. Después de hacer recuento caluroso de sus múltiples cualidades y virtudes, de la actuación brillante y decidida del mejor Teniente de Bolívar en la magna lucha por la Independencia, se detuvo a pintar con vívidos colores y con las más ardientes frases de reprobación e indignación, los episodios del alevoso asesinato de que fué víctima. Manifestó que después de consumado el crimen, y repuestos ya del consiguiente terror, regresaron al sitio siniestro los acompañantes de Sucre, abrieron el suelo, enterraron allí provisionalmente el cadáver, y arrancando ramas de los árboles, colocaron piadosamente una Cruz sobre su sepulcro.

Los asesinos volvieron más tarde para cerciorarse, una vez más, de la efectividad de su delito, removieron nuevamente la tierra, sacaron el cadáver, volviéronle a colocar en la huesa, le cubrieron de tierra, y fugaron secretamente a sus escondrijos para ocultar su infamia.

Y la Cruz?..... no la volvieron a poner, dijo enfáticamente González Suárez; y añadió: “¿pone acaso el asesino la Cruz sobre el sepulcro de su víctima?.....”

Una salva de aplausos resonó en el augusto templo para el magistral orador.

* * *

Ante estas venerandas cenizas han venido las generaciones que nos precedieron a rendirles su fervoroso tributo. La actual, acude también con devoción y entusiasmo a presentarles su pleitesía y su gratitud imprecadera; y harán lo propio las generaciones que nos sucedan, “mientras alcen su cúspide los Andes y ruede su cristal al Amazonas”, como dijo un inspirado poeta.

En la sesión solemne de la Bolivariana, el 24 de Julio de 1941, aniversario del natalicio de Bolívar.

HABRIA deseado comentar ampliamente los magníficos discursos del señor Secretario Dn. Juan Pablo Muñoz Sanz y del distinguido consocio Sr. Dr. Dn. Manuel Cabeza de Vaca, que acaban de pronunciar en homenaje al excelso Libertador. Dichas piezas oratorias dan margen para extensas consideraciones; pero me abstengo de hacerlo, por no fatigar demasiado la benévola atención de tan ilustrado auditorio.

Sinembargo, no puedo dejar de decir siquiera pocas palabras relacionadas con dos puntos importantísimos, sobre los cuales han dilucidado nuestros dos inteligentes consocios.

El Sr. Muñoz Sanz ha tomado por tema de su discurso una de las fases más impor-

tantes de la vida del Libertador: la faz del Estadista genial. En verdad, es Bolívar tan múltiple en sus facultades, que bien puede considerársele ampliamente en cada una de sus condiciones de guerrero, estadista, orador, poeta, patriota, idealista, internacionalista y genio creador. Y así, se han llenado bibliotecas de notabilísimos autores americanos y europeos, con valiosos libros que estudian y profundizan la inmensa figura de Bolívar.

Refiriéndose el Sr. Muñoz a sus doctrinas de estadista constructor y director de nacionalidades nuevas, ha expuesto a la larga las ideas bolivarianas al respecto, ideas que, en lo principal, son en verdad eclécticas; ya que, al mismo tiempo que sostiene y proclama Bolívar el más puro republicanismo, anhela que el Poder Ejecutivo sea fuerte, que tenga amplias facultades y que sea capaz de conducir, así, legalmente, hacia sus altos fines, a la nación que gobierna. Comprendía Bolívar que estos pueblos que nacían recién a la vida de libertad, estarían en sus comienzos con la tendencia de entregarse en brazos de la demagogia, y que sólo un poder central, fuerte y respetable, apoyado en la ley, podía conducirlos hacia su progreso y engrandecimiento.

Pero no se le ocultaba a él, —talento superior y previsor—, el peligro que, de otro lado, se cernía sobre estos pueblos, de que el poder pudiera convertirse en dictatorial o tiránico; y en tal virtud, dejó escritas, en memorable discurso, las normas necesarias para evitarlo.

Y, —entre paréntesis—, no desconoció que, a pesar de todo, la anarquía y la demagogia son, quizá, de peores consecuencias para las naciones que la misma dictadura.

¿Cómo, pues, evitar que el Ejecutivo, fortalecido ampliamente por la ley, degenera en tirano?.....

Más que las leyes, dice, más que el texto de las instituciones, son los hombres destinados o elegidos para gobernar a los pueblos los que labran su felicidad o su desgracia.

Y así es, en efecto. Las leyes, si base fundamental para el bienestar de la Nación, se convierten muchas veces en letra muerta en manos de las personas que deben cumplirlas. Ellas cooperan indudablemente al bienestar o trastorno social; pero los hombres dirigentes del Estado constituyen el eje y el motor principal. Hombres intelligen-

tes, patriotas, honorables, abnegados y virtuosos, guían a los pueblos a su felicidad y engrandecimiento. Hombres sin estas cualidades o que llevan quizá los calificativos contrarios, hacen la ruina de los ciudadanos y labran su desgracia, a pesar de leyes sabias consignadas en sus códigos.

* * *

De otro lado, el Dr. Cabeza de Vaca ha dicho, entre varias consideraciones, que la mejor manera de honrar la memoria del Libertador, es difundir y realizar en la práctica sus enseñanzas.

Bajo este concepto, ¿podrá decirse que el Ecuador ha venerado y rendido sincero homenaje a su Libertador Bolívar?.....

Creo que sí. El Libertador proclamó siempre la necesidad de la unión y concordia entre las naciones americanas, inculcó en diversas circunstancias la indispensable necesidad de la armonía entre ellas; ya para cooperar mutuamente a su progreso y engrandecimiento, ya para defenderse, en caso necesario, de la agresión de que pudieran ser víctimas de parte de potencias extrañas.

Así lo expresó en los congresos y asambleas constituyentes; así dejó estampado en sus memorables discursos, y así lo practicó siempre en su fructífera vida pública.

Mas, cuando alguna de las naciones americanas trataba de destrozarse con sus actos esta benéfica doctrina, cuando invadía agresiva a alguna de sus hermanas, como sucedió con el Perú que, desde esa época, invadió con sus huestes a la Gran Colombia, y holló su suelo, y trató de apoderarse de parte de su territorio; se irguió altivo, puso en juego su genio y los elementos de que disponía, y, por medio de su inclito Teniente, el Mariscal Sucre, arrojó en Tarqui a los invasores, dándoles la lección más saludable de la Historia.

Y téngase presente que fué Bolívar quien dió con su espada y con su esfuerzo la libertad a la República peruana, con el concurso de valiosos elementos ecuatorianos. Cuando San Martín vino a la entrevista de Guayaquil, recibió Bolívar la discreta insinuación de su meritisimo colega de ir al Perú, a realizar aquello que él no lo había obtenido: la completa independencia. Llegáronle después múltiples misivas de personajes peruanos, que le instaban ardientemente para que fuera

allá a alcanzarles a ellos igual don que había alcanzado a la Gran Colombia. Y a tanta insinuación, voló al Perú, llevó parte de las huestes ecuatorianas, organizó allí algunas más, y obtuvo el famoso triunfo de Junín, cantado épicamente por nuestro insigne Olmedo, quien, en una de sus estrofas dice:

“Venció Bolívar, el Perú fué libre
Y desde entonces Libertad sagrada
En el Templo del Sol fué colocada”.

Vino después Ayacucho, y ahí, por medio del valeroso e inteligente Sucre, selló la independencia Americana.

Sin Junín, no habría sido libre el Perú; sin Ayacucho, no lo habría sido la América.

* * *

El Ecuador, que admira a Bolívar y procura seguir sus ejemplos y enseñanzas, ha procedido en igual forma, en cuanto de él ha dependido. Ha guardado siempre las mejores relaciones con todas sus hermanas del Continente; no ha tratado jamás de apoderarse de un palmo de terreno que no le sea propio; ha guardado las mayores consideraciones a sus vecinas; ha procedido con exce-

so de delicadeza y de generosidad en sus diferendos; ha concurrido por medio de sus representantes a los congresos y convenciones americanas reunidos para tratar de consolidar la armonía y confraternidad entre los pueblos de este Continente. Empero, si se le ha ofendido sin razón y con mano agresiva se ha invadido su territorio, irrogando injuria grave a su dignidad y hollando el suelo de sus mayores; ha acudido, decidido y heroico, a defender sus intereses y salvar su honor, aun cuando fuera con desigualdad de medios, tratando siempre de compensar con su heroísmo su desgraciada carencia de elementos materiales, a fin de mantener incólume su honor y enhiesta su bandera.

Hagamos votos porque el Libertador, cuyo natalicio se conmemora hoy y cuya veneranda efigie preside esta sesión solemne, inspire a nuestros estadistas para el acierto en sus resoluciones; infunda su heroísmo en nuestros valientes y aguerridos soldados; comunique su vigor a nuestra noble y entusiasta juventud, y encienda la hirviente llama del patriotismo en el corazón de todos los ecuatorianos, para la defensa de nuestros más caros derechos.

En la sesión solemne del 18 de
Noviembre de 1941, en que se
recibió de manera oficial el óleo
del prócer chileno, General José
Miguel Carrera.

ESTE Salón de Próceres de la Bolivariana
se siente altamente honrado con la efigie
del ilustre General Carrera, figura pro-
minente de la hermana y amiga República
de Chile.

Por los magníficos discursos que acabáis
de oír, del Excmo. Señor Embajador de Chile
en nuestra Patria, Dn. Gustavo Silva Campos,
y de nuestro consocio, el Mayor Dn. Lauro
Guerrero, designado por la Sociedad para ha-
cer el elogio del prócer y ex - Presidente de
Chile, quedamos ampliamente concedores de
la noble actuación del General Carrera en
las lides de la Independencia chilena y de
su contribución patriótica en lo referente a
la independencia de otra Nación hermana: la

República Argentina. No necesito, por tanto, ahondar más en este asunto; pero sí diré, en síntesis, que la actuación del General Carrera fué siempre batalladora, fogosa, intensa y perseverante, aunque no exenta de errores, como obra humana; pero animada en toda ocasión del más ferviente patriotismo.

Este noble y valioso donativo de Chile a la Sociedad Bolivariana es, como ya lo han expresado los dos oradores de mi referencia, un lazo más, fuerte e indestructible, en la amistad que siempre ha mediado entre la heroica nación chilena y la noble Ecuador.

Bien conocéis los múltiples lazos y motivos que han unido a estas dos naciones americanas a lo largo de más de una centuria de vida independiente; y así, sólo os recordaré que las fiestas nacionales de Chile han sido celebradas en el Ecuador como fiestas propias; y, recíprocamente, las efemérides ecuatorianas, se las ha tenido por suyas en la nación chilena.

Los dos pueblos se han guardado siempre los debidos afectos y las consideraciones de hermanos, y han tenido como prolongación de la propia patria el territorio fraterno.

Hay un lazo más, entre los dos pueblos, que no ha sido recordado, y es el lazo científico de una misma legislación civil en el Ecuador y en Chile. Como lo sabéis, el gran talento, el enorme talento de Dn. Andrés Bello produjo ese monumento jurídico, digno de toda ponderación: el Código Civil. Y éste no sólo fué adoptado por Chile, para regir las relaciones jurídicas de su pueblo, sino también lo adoptó el Ecuador para amparar los derechos civiles de los ecuatorianos. Y fué un jurisconsulto nuestro, un eminente jurisconsulto, de los más notables de la República, el Sr. Dr. Dn. Luis Felipe Borja, quien realizó profundos estudios sobre el Código Civil chileno, y brotaron de su pluma, en varios tomos, sus afamados comentarios, que, en su género, son de lo más notable y profundo que se ha escrito en América.

* * *

No ha mucho, se verificó un acto trascendental entre Colombia y Venezuela, que honra a la historia internacional americana: el arreglo definitivo, pacífico y amistoso de sus diferencias limítrofes, selladas solemnemente en el puente internacional «Bolívar».

La Sociedad Bolivariana, que me honro en representar, manifestó, en sesión solemne, su íntima satisfacción por este hecho ejemplar, y expresó su congratulación sincera a los dignos representantes de las dos naciones amigas, haciendo votos, al propio tiempo, porque este noble ejemplo sea imitado por los demás pueblos del Continente.

Pues bien, recordemos hoy con íntima fruición, que, años antes, las dos ilustres naciones, Chile y Argentina, hermanas también nuestras, realizaron un acto análogo, noble y cordial, que fué admirado y aplaudido universalmente.

Por dificultades limítrofes y por discrepancias internacionales, estuvieron estas dos grandes naciones del Continente a punto de venirse a las manos; aprestaron ambas sus elementos bélicos para defender cada cual su derecho; iba a producirse la hecatombe, con daño irreparable, no sólo para ellas, sino para el resto de la América. Pero, felizmente, primó la razón, primó el buen juicio, la sensatez, la comprensión mutua, y llegaron a un arreglo definitivo, amistoso y leal. Y aún más, sellaron el pacto fraterno con un hecho sumamente hermoso y digno de aplauso: erigieron en la cumbre de la mon-

taña que divide a las dos naciones, en la línea limítrofe, el Cristo de los Andes, como garantía perpetua de paz y de armonía entre ellas. ¡Preciosa y significativa manera de sellar un pacto internacional de confraternidad y unión!.....

Un literato ecuatoriano, uno de nuestros mejores poetas, dirigió a Chile, con este motivo, una voz de salutación y aplauso; y refiriéndose al hecho que acabo de recordar, escribió frases bellísimas y dignas de recordación, como éstas:

Levantaron un trono, colocaron
del Señor de la Paz la imagen santa;
postráronse ante Cristo dos naciones,
y al erguirse la Cruz, cayó la espada.

* * *

Estos nobles hechos realizados en América, están dentro de la inmortal doctrina Bolivariana, doctrina que esta Sociedad, no sólo encomia y sostiene del modo más íntimo y ferviente, sino que trata también de hacerla extensiva por todos los ámbitos americanos.

Hagamos, pues, votos sinceros porque esos ejemplos dados por nuestras hermanas

sean imitados, en sus querellas y diferendos, por todas las naciones del Continente.

Y después de agradecer de la manera más cordial al Excmo. Señor Embajador de Chile por sus frases honrosas en favor de esta Institución y al señor Ministro de Venezuela por sus palabras de adhesión a este acto solemne; mi aplauso al Mayor Guerrero por su biografía del prócer chileno que acaba de leer, y los agradecimientos de la Bolivariana a todas las personas que se han dignado solemnizar este acto con su asistencia, acto que afianza, una vez más, la noble y cordial amistad entre el Ecuador y Chile.

En la sesión conmemorativa de la muerte del Libertador, el 17 de Diciembre de 1941.

NUNCA es más necesario que hoy rememorar y ensalzar la figura excelsa de Bolívar y su magna obra libertadora.

Hoy, que las naciones más poderosas de Europa tratan de aherrojar bajo su planta dominadora, por medio de la fuerza, no sólo a los pueblos libres del viejo Continente, sino también a los demás del planeta; hoy, que parece que los pueblos más adelantados y progresistas han perdido la razón, y haciendo caso omiso de los dictados eternos de la justicia y el derecho, quieren envolver al mundo en las infernales llamas del odio y la venganza, y sepultarle, así, en los abismos de la degradación o de la muerte; hoy, que los espíritus delicados y amantes del orden y armonía entre los hombres, ven con profunda decepción que sus nobles ideales van convirtiéndose en polvo y en ceniza; hoy,

repito, es más necesario que nunca recordar al Genio Máximo de América y glorificar ardientemente su obra inimitable y sus elevadísimos ideales.

Como muy bien acaba de manifestar el Excmo. Sr. Dn. Manuel Arocha, muy digno representante de la hermana República de Venezuela en nuestra patria, "el día de hoy, aniversario de la muerte del Libertador, no debe ser tenido como luctuoso, sino antes bien de gloria y esperanza, pues marca su consagración definitiva y su entrada triunfal por las sendas de la Historia, nimbado con fulgores de héroe sin segundo".

Así es, en verdad. Cada año que pasa, cada aniversario que llega, se acentúa más la admiración de los espíritus patriotas hacia el hombre extraordinario, el Genio superior, que agotó talentos y sacrificios, heroicidades y esfuerzos supremos para colocar, triunfante y resplandeciente de luz, en los altares de la patria a la diosa Libertad.

El Señor Ministro Venezolano, que pocos días ha, en una sesión solemne como la actual, tuvo la delicadeza de decir que se consideraba como Ministro del Ecuador en el Ecuador, — fina galantería que halagó a

nuestro espíritu nacional y obtuvo los merecidos aplausos de la concurrencia —, ha recordado hoy, en su espléndido discurso y con sagaz oportunidad, las inmortales palabras del insigne héroe cubano, Martí, que tienen muy hondo significado: “Bolívar está en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el Inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía”.

¡Hermosas frases, y profundas verdades!

Bolívar desde la inmortalidad debe estar velando todavía sobre estos pueblos que él creó y libertó con su espada. No puede desentenderse de ellos; y su suerte debe interesarle aún, porque Bolívar tiene realmente que hacer todavía en América.

Si desde su alto pedestal pudiera observar lo que está sucediendo actualmente y contemplara el destrozo que algunas de sus hijas de América están haciendo de sus saludables y fraternales doctrinas, y mirara con abismados ojos la injustificada agresión de una de ellas a su vecina, la invasión a

su territorio en son de conquista, aprovechando de que ella ha cifrado su confianza tan sólo en la legalidad de sus derechos y en la justicia de su causa; se erguiría indignado en su elevado trono, blandiría su espada poderosa para vengar la injuria, y aprobaría el hondo resentimiento de la nación ofendida y su anhelo de reivindicación, que alimenta en la profundidad de su espíritu y que algún día lo realizará.

Menester es, como muy bien lo ha expresado el Señor Ministro, que Bolívar continúe viviendo en estos pueblos y siga velando por la realización de sus ideales; ya que es la única manera como puede reinar la paz y la armonía permanentes entre los países americanos, mediante la consideración mutua y el respeto irrestricto a sus más caros derechos.

La celebración de estos aniversarios, tiene la alta virtualidad de mantener latente en el alma de los pueblos la memoria de sus héroes y libertadores, y de servir de punto de apoyo y de promesa eficaz para sus procedimientos en lo porvenir.

Aquí, en nuestra patria, vive y alienta todavía el Libertador, si no en carne y hueso,

como en hermosa metáfora lo dice el Señor Ministro, pero si en espíritu; y alienta y vive para seguir recordándonos sus sabias enseñanzas y dándonos sus admirables ejemplos.

En el Ecuador vive y vivirá siempre, ya que se le tiene presente en las múltiples manifestaciones que él ha hecho y hace en su honor. Ha dado su nombre a una de las Provincias más jóvenes y anhelantes de progreso que tiene la República y a muchos de sus pueblos, ciudades, caminos, plazas, calles y más obras de progreso material. BOLIVAR se llaman Institutos de educación, Colegios, Escuelas, Liceos, Teatros y más centros de cultura. Su veneranda efigie preside los tribunales de justicia, la legislatura, los palacios de la administración pública, las municipalidades y los edificios particulares. Su imagen está impresa en óleos, fotografías, timbres postales y en la áurea moneda nacional; y sobre todo, de manera indeleble, en el alma de los ecuatorianos. Los más esclarecidos historiadores de nuestra patria, sus inspirados poetas, sus ilustres escritores y destacados periodistas han ensalzado y glorificado su nombre con los mejores rasgos de su pluma. Y, por último, ha creado esta Sociedad

Bolivariana, que difunde con orgullo y admirable tesón, desde hace quince años, sus hazañas portentosas y su profunda doctrina por todo el continente americano y aun fuera de él, y que es como una lámpara votiva que arde incesantemente ante su pródica figura, alimentada por el fuego que palpita en el alma de los ecuatorianos.

JUICIOS Y OPINIONES

JUICIOS Y OPINIONES

acerca de los últimos libros del Autor:

«BOSQUEJOS E IMPRESIONES»
«RIMAS DE LOS ANDES» (2ª. edición)
y «DOCE DISCURSOS»

Guayaquil, Marzo 31 de 1940.

Señor Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

Quito.

Muy estimado amigo:

Pulcra, amable, amena y elevada, cuando el caso le requiere, la poesía de Ud.; y aunque cante o nos diga de cosas imponentes como los Andes, como el mar, si en calma o agitado, turbulento, canta y dice, de modo y forma, que al punto nos revela en Ud.: paz y suavidad acariciadora, paz de hidalgo y bien nacido caballero.

¡Rimas! Las escribí también; pero las mías eran rimas de aquel tiempo pasado, romántico, idealista y sentimental; rimas del corazón,

“exhalación de una alma que se quema”
 en la que, a veces, un suspiro, sólo un suspiro, *encierra* todo un poema de amor, de tristeza o desengaño.

¿Las de Ud.? ¡Ah, no! Son Rimas de los Andes, versos que inspira la maravilla imperecedera de

“esas cumbres
 mudas, hoscas, solitarias”

y la expresa en uno como canto de los altos, rutilantes y sonoros.

Al crítico, la ardua tarea de juzgar; a mí, la sencilla e ingenua de admirar y aplaudir; de admirar y aplaudir el espíritu del arte, y el arte con que ese espíritu se nos muestra y ofrece en libro tan noble y elegante, como Arte y Espíritu del gentil señor y hombre de letras que hay en Ud.

A. Baquerizo Moreno

Quito, 6 de febrero de 1940.

Señor Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

Quito.

Muy distinguido doctor y amigo:

Grande es el honor y el favor que me ha hecho al mandarme por medio del R. P. Benigno Chiriboga el ejemplar de lujo, finamente dedicado, de sus «Rimas de los Andes». Ya tenía el gusto de conocerlas, pues tenemos en nuestra Biblioteca la primera edición de 1912; pero no ha sido poco deleite el volver

a recorrerlas, apreciando acá y allá la oportunidad de algunas sagaces correcciones que ponen de manifiesto la delicadeza de su gusto estético, y saboreando las nuevas piezas con que ha enriquecido su colección.

Dígnese, pues, recibir mis felicitaciones efusivas por su labor literaria de factura impecable, tácita protesta contra el desequilibrio de gran parte de la producción moderna, en que jóvenes sin solidez de formación hacen alarde de atropellar todos los cánones de belleza consagrados por el ejemplo de los maestros y creen que su prosa o su verso es tanto más de estimar cuanto más extravagante.

A estas aberraciones hace frente la sensatez, la sobria pero cálida elegancia de su pluma.

Y dígnese recibir junto con la expresión de mi gratitud, el homenaje de mi profundo respeto.

Aurelio Espinosa Polít, S. J.

Cotacollao, 16 de febrero de 1940.

Señor Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

Quito.

Muy distinguido doctor y bondadoso amigo:

De manos del R. P. Benigno Chiriboga recibí su muy amable carta de 10 del pte. junto con el paquete que contenía «Doce discursos», «Bosquejos e impresiones» y el discurso en homenaje del Excmo. Sr. Arzobispo.

No puedo sino reiterarle los agradecimientos y felicitaciones que le envié por su volumen de rimas.

Pues si en éstas campea la delicadeza de su ingenio tan sensible para la percepción e interpretación de la belleza, en sus prosas domina una seguridad en el manejo de la pluma y una galanura espontánea dignas de todo encomio. Cuántos hay que han experimentado impresiones iguales a las que ha dejado estampadas en sus «Bosquejos», y que con haberlas sentido quizá con la misma viveza, se reconocen incapaces de trasladarlas al papel y admiran sin duda la gallardía con que Ud. salva el abismo que va de sentir a expresar adecuadamente el sentimiento. Cuántos hay también que logran sin duda dar expresión a sus afectos y experiencias íntimas, pero no lo hacen sino con rebuscamientos y rarezas que sólo a ellos mismos pueden satisfacer, no a los lectores sensatos que buscan en sus lecturas el reflejo ingenuo de realidades llanamente vividas. Este don de la expresión llana sin trivialidad y elegante sin énfasis ni exotismos, es prenda de muy alta estima con que le ha dotado liberalmente Dios Nuestro Señor.

Una vez más, agradezco de corazón su generoso envío que hallará puesto de honor en nuestra Biblioteca Ecuatoriana, para mí objeto de tantos cuidados y de tanta ilusión.

Con sentimientos del más respetuoso afecto me honro con suscribirme su muy adicto amigo y S. S.

Aurelio Espinosa Polít, S. J.

Manuel Ramón Balarezo se complace en saludar muy atentamente a su noble amigo, el señor doctor don Francisco Chiriboga Bustamante, y le tributa los más cumplidos agradecimientos por su generoso envío, con gentil dedicatoria, de «Rimas de los Andes», segunda edición, colección hermosa de bellísimas poesías que honran la Gaya Ciencia y colocan al autor de ellas, señor doctor Chiriboga Bustamante, entre los personajes cumbres de la Literatura Patria, así por la feliz inspiración de cada uno de los cantos, como por la selecta y armoniosa expresión que la contiene, dignas de admiración y caluroso aplauso.

Balarezo reitera con esta ocasión a su amigo señor doctor Francisco Chiriboga Bustamante sus más distinguidas consideraciones.

Quito, a 7 de febrero de 1940.

Ambato, a 29 de octubre de 1940.

Al Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

En Quito.

Mi ilustre y gentil amigo:

Hace tres días, el correo me trajo «Bosquejos e Impresiones». En pocas horas, he devorado el magnífico libro. De lo que él contiene, nada mejor que el *Viaje al Antisana*, páginas de antología, flor de cressomatía, una de las joyas verdaderas de la literatura nacional.

Mil felicitaciones, mi ilustre y gentil amigo, por el éxito rotundo de su nuevo libro. De que yo prefiera el *Viaje al Antisana*, jamás ha de deducir nadie que ello solamente sea lo óptimo en *Bosquejos e Impresiones*. El triple vigoroso lema de Ud. — Dios, Patria y Hogar —, ha recibido el más puro incienso de adoración mediante el bello libro, pensado con altitud de miras, sentido con plenitud de corazón y expresado con toda la nobleza de que es capaz un hombre superior.....

Un abrazo, un estrecho abrazo de mi alma para la de Ud., y mi enhorabuena a la literatura nacional.....

Remigio Romero y Cordero

Quito, a 7 de marzo de 1940.

Señor Doctor Don
Francisco Chiriboga Bustamante
Ciudad.

He tardado en avisarle que he recibido su hermoso libro «Rimas de los Andes», que con tan amable dedicatoria ha tenido Ud. la gentileza de enviármelo, porque he querido, primeramente, darme el gusto de leerlo con la debida atención para, así, poder emitir unas pocas palabras de elogioso juicio.

Es innegable, por desgracia, que también en el Ecuador va siendo muy poco frecuente el cultivo de la poesía comprensible, clara y sencilla. Acaso, debido a la tendencia generalizada, entre las modernas escuelas literarias, de considerar al arte como la ma-

nifestación de algo que debe ser comprendido únicamente por reducidos círculos intelectuales privilegiados, y que por lo mismo requiere alambicamiento, oscuridad y extravagancia en el pensar y en el decir. Pero, para las personas que como yo no comulgan con ese criterio —aun cuando se las llame retrógradas— es un goce espiritual el saborear de vez en vez literatura sana y delicada, que, a la par que habla a la inteligencia, se dirija también al sentimiento.

Nada hay más hermoso que la luz y asimismo nada hay más sencillo que ella y que se ofrezca por igual a todos los seres. La perfección y sencillez del arte deben, pues, estar en relación con el mayor número de mentalidades que lo comprendan. Por eso, la literatura clásica no perderá nunca su importancia artística que la hace vivir por sobre todas las nuevas tendencias y las últimas invenciones poéticas.

Ud. ha cultivado ese género de poesía: que es emoción delicada, pureza sentimental y claridad de conceptos, abierta a todos los espíritus.

El placer del poeta, como de todo artista, no está únicamente en comprenderse él, sino en que los demás le comprendan. A eso se debe, pues, el deseo de exteriorizar los propios sentimientos en forma bella y artística.

El libro «Rimas de los Andes» ha cumplido con esa noble y alta finalidad del arte, por lo que su ilustre autor merece cordiales felicitaciones.

Junto con el agradecimiento de mi familia por el valioso envío, va también el mío personal, acompañado de un efusivo apretón de manos.

Con todo afecto,

Guillermo Bustamante

Quito, a 28 de marzo de 1940.

Señor Dr. Dn.
Francisco Chiriboga Bustamante
Ciudad.

Muy distinguido y apreciado doctor y amigo:

Le he dicho verbalmente de la grata impresión de haber recibido, con autógrafo suyo, su libro de versos «Rimas de los Andes», cuya primera edición conservo en la biblioteca que fué de mi padre. Placer de la lectura de sus estrofas emocionadas y rítmicas. Ellas revelan su espíritu generoso, su sensibilidad y su cultura. Acierto de su titular que incorpora ya, de modo simpático, su libro de poemas a la producción literaria del Ecuador. Y es que en él se destacan los toques paisajistas de nuestra tierra en descripciones líricas y hay también mucho de nuestro paisaje espiritual o subjetivo, como para dar razón de que el objetivismo y la subjetividad se relacionan y coexisten y de que la frase de Amiel no perderá su valor: "Todo paisaje es un estado de alma". Abro una vez más el libro de condigna y rica edición, y encuentro la oda entusiasta, de imágenes y de sentimiento, que no debiera dejar de cultivarse. El verso sigue el recurso musical que también estamos echando de menos en esta época y las poesías se robustecen con dos influencias, conciliables desde luego: la clásica y la romántica. Clasicidad agradable y suave revuelo romántico, propio de un temperamento delicado. Observación de la naturaleza y canto de motivos elevados, tales las dos notas que me parece resaltan en sus rimas andinas, por cuyo envío le agradezco vivamente al suscribirme de Ud. amigo muy atto. y S. S.

Augusto Arias

Juicio crítico acerca del libro "Rimas de los Andes" del Dr. Francisco Chiriboga Bustamante

(De «El Universo» de Guayaquil, de 24 de Marzo de 1940).

“Hay personas que nacen con las más felices disposiciones para la poesía: imaginación brillante, impresionismo sentimental, gusto naturalmente bien dirigido; abundancia verbal en qué poder escoger para la más exacta y musical expresión, equilibrio de ánimo y facultades propias de una vida cómoda y tranquila. Todo, en su alma, les inclina al canto; todo, en el mundo, les brinda temas para un poema. Sería de creer que con tan buenas aptitudes llenarían muchos volúmenes de escogida y auténtica poesía.

Sin embargo, a algunos de ellos no les gusta prodigarse. Tienen tan elevado concepto del arte, respetan de tal modo esa actitud a la que se da el nombre de inspiración, que, por lo mismo que en ellos es fácil el poetizar, creen que deben utilizar sólo los momentos que les parecen extraordinarios. De ahí que su labor sea corta aunque selectísima, pequeña aunque aristocrática, escasa aunque de buena ley.

El doctor Francisco Chiriboga Bustamante, jurisconsulto quiteño muy distinguido y muy apreciado, ha publicado la segunda edición de «Rimas de los Andes», lujosa y bien presentada.

Comparada con la primera, se nota que ésta contiene nuevos poemas; pero, el libro no ha dejado de ser corto.

Leyendo las composiciones del doctor Chiriboga Bustamante se observa en todas ellas la gran cualidad de la naturalidad, de aquel don inapreciable que llamaríamos la legitimidad del arte. A pesar de las felices disposiciones de que está dotado, porque pertenece a aquel grupo al que nos referimos al empezar este corto juicio crítico, no es uno de aquellos que se prodigan fecundamente a cada paso. Escoge los temas y los momentos. Obedece a esa necesidad interior, últimamente erigida por Rainer Maria Rilke en sus cartas al poeta Kapka, como la nota o condición propia para legitimar la necesidad del canto en un poeta. No se es poeta a todas horas aunque siempre se pongan en juego las mismas facultades. Hay que sentir ese impulso incontenible del poema que quiere a todo trance salir a luz, como el de la criatura que ha cumplido los nueve meses en el seno de la madre. No puede demorarse un minuto más.

Pero así sale el poema perfecto, con alma y cuerpo humano, y viene a ocupar su puesto en el mundo poblado del arte. Cantar cuando no se siente esa necesidad impostergable interior, cuando no hay siquiera un ser adentro que esté en gestación y en espera de la hora, es llenar el mundo con abortos, informes y muertos.

En «Rimas de los Andes» se ve el sello de lo propio, de lo legítimo, de lo verdaderamente poético. Instintivamente su autor ha obedecido ese consejo de Rilke. De ahí que nos dé sólo una treintena de poemas, como labor de su vida; pero ahí están los

paisajes espléndidos de la tierra ecuatoriana, una de las más bellas del mundo; ahí las meditaciones hon-
das del alma, preocupada del misterio; allí la plega-
ria mística y devota que sale del fondo conmovido
de nuestros corazones; allí, en fin, cuanto hay de
bello en el mundo contemplado con ojos futuristas”.

Nicolás Jiménez

Quito, a 3 de agosto de 1933.

Señor Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

Ciudad.

Muy estimado Doctor:

Le quedo sumamente agradecido por el apre-
ciable obsequio de su obra «Doce Discursos».

No puedo por menos de admirar la fecundidad
de su espíritu.

Se ocupa Ud. en tan diversos personajes y en
tan varias cuestiones.

A través de todo, estalla el entusiasmo de su
pensamiento y su estilo correcto y preciso.

En esta atonía de la pluma ecuatoriana, es satis-
factorio en alto grado que una persona de su rango
se ocupe en aclarar asuntos que afectan el espíritu
de los hombres.

Reciba Ud. mis felicitaciones y mi gratitud.

Le encargo los mayores respetos para la muy
distinguida familia de Ud.

De Ud. muy atento servidor,

José María Velasco Ibarra

Quito, febrero 29 de 1940.

Sr. Dr. Dn.

Fco. Chiriboga B.

E. I. C.

Doctor y amigo mío muy estimado:

He sido obsequiado con la segunda edición de sus «*Rimas de los Andes*» y me apresuro a agradecersele efusivamente.

Ha hecho Ud. muy bien de no haber — como jurisconsulto — aplicado a esta preciosa Segunda edición aquello de *non bis in idem*; porque, sobre no venir al caso, primó en Ud. el valor del otro dicho: “*bis repetitita placent*”, aplicable a toda emoción de belleza.

Con placer leí las Rimas tuyas la primera vez y lo he vuelto a gozar esta Segunda.

Vayan mis cordiales aplausos y sinceros agradecimientos.

Su afmo. amigo y servidor,

Lucindo Almeida V.

Benigno Chiriboga Ch. J. J.

V. Provincial de la Compañía de Jesús,

saluda muy atentamente al señor Dr. Dn. Francisco Chiriboga Bustamante, su estimadísimo amigo y pariente, y de todo corazón le agradece el precioso fruto de su elevada inteligencia y delicado corazón ofrecido a sus amigos en el tesoro poético que encierra su libro «Rimas de los Andes». Al escuchar en mi alma las armonías de su lira cristiana, patriota y noble, se ha complacido una vez más al reconocer en el Dr. Chiriboga Bustamante un exponente que honra de verdad a los ecuatorianos.

Atto. amigo S. S. y pariente.

11 — 18 — 40.

Mons. Dr. J. B. Lino Zanini

Secretario de la Nunciatura

saluda cordialmente a su celebradísimo amigo, Doctor Don Francisco Chiriboga Bustamante, elogiado impulsor de las Musas, admiradas a través de su pluma inspirada, dentro y fuera del Ecuador, y le agradece el amistoso envío de sus prosas y de sus rimas que donde quiera le acompañarán para recordarle el perfil destacado del amigo literato, orador, jurisconsulto, escritor, político, agricultor, académico y catedrático apreciadísimo.

Quito, 14 de diciembre de 1940.

Quito, agosto 3 de 1933.

Señor Doctor Don
Francisco Chiriboga Bustamante
Ciudad.

Muy estimado amigo:

Recibí cordialmente reconocido el libro suyo «Doce Discursos», que se ha dignado enviarme con benévola dedicatoria.

He leído atentamente el libro de Ud., variado y ameno, escrito con la mayor corrección, repleto de ideas nobles y elevadas.

Le felicito por tan importante publicación, llamada a enriquecer la literatura nacional y a aumentar el merecido prestigio de Ud. como escritor correcto y fecundo.

En tan grata oportunidad, me complazco en suscribirme en muy decidido amigo,

L. F. Borja

Sario R. Astudillo

ABOGADO

saluda afectuosamente a su distinguido amigo Sr. Dr. Dn. Francisco Chiriboga Bustamante, y le presenta el testimonio del más cumplido reconocimiento por las deliciosas horas que le ha proporcionado la lectura de «Bosquejos e Impresiones», bellísima obra, suficiente por sí sola para consolidar el prestigio literario de su

autor, que tiene conquistado, con legítimo derecho, lugar preeminente en las letras nacionales.

Estudillo deplora que la complicación de atenciones consiguiente a su prolongada postración, no le conceda tiempo para hacer cumplida justicia al literato espontáneo, correcto, moralizador y creyente, en un juicio crítico de cada una de las producciones del precioso volumen.

Guayaquil, 3 de diciembre de 1936.

Quito, 8 de abril de 1940.

Señor Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

En la ciudad.

Muy estimado doctor y amigo:

Con inmensa complacencia yo y María Natalia recibimos su hermoso libro de poesías titulado «Rimas de los Andes», que Ud. se ha dignado enviarnos con amable dedicación.

Hemos leído con la debida atención las hermosas composiciones que el libro contiene y en las que se revela Ud. como un poeta que ha cumplido a satisfacción el lema tomado de la magnífica epístola de Horacio: "pensar alto, sentir hondo y decir claro".

Le agradecemos el atento envío y aprovechamos esta nueva oportunidad para suscribirnos de Ud. afectuosos amigos y ss. ss.

María Natalia de Flor
Manuel Elcío Flor

Quito, a 7 de marzo de 1939.

Señor Doctor Francisco Chiriboga B.

Presente.

Muy apreciado amigo:

Tengo que agradecerle de manera muy especial por el valioso presente que se ha servido usted hacerme con su bello libro «Bosquejos e Impresiones», a cuya entera lectura dediqué el día de ayer, domingo.

En alguna publicación había leído yo trabajos de su castiza pluma; pero este conjunto, vario y tan ameno, de las 172 páginas de su libro, deja que se le contemple a usted en toda su noble cultura y en toda su flexibilidad espiritual, que lo mismo va del ensayo enjundioso, «Martirios y Mártires», o de «Algo acerca de Religión», a las muy ágiles impresiones viajeras, como vuelve de éstas a páginas poéticas y madrigalescas, como la que Ud. titula «El Lenguaje de los Ojos».

Lo que más cautiva en sus escritos es la pulcritud del estilo, por la que las ideas y conceptos suyos surgen vestidos de sobria elegancia. No hay un término mediocre, mucho menos una expresión cruda; y en esto como en todas las manifestaciones de su persona, se impone siempre el caballero y las normas éticas que informan su acción y su vida ciudadana.

Acepte, querido amigo, con estas expresiones de gratitud por su valioso obsequio, mi más franco aplauso, cuya valía no es otra que la respaldada por una amistad muy sincera y por un amor fijo y constante a la justicia.

Dígnese ponerme a los pies de su honorable Señora y crea siempre en su afmo. amigo y S. S.

Victor Hugo Escala

Quito, noviembre 12 de 1936.

Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

Ciudad.

Muy estimado doctor y amigo:

Una vez más ha querido Ud. retener en las páginas perpetuadoras de un libro las «impresiones» fugaces que dejaron otras latitudes en la retina del viajero perspicaz, y los «bosquejos» en que el pensamiento recrea sus ocios bordando finas apreciaciones acerca de héroes o conceptos nunca marchitos en los corazones leales a las tradiciones, que van edificando la Historia, mientras el alma suspira la clásica elegía que reza: "cualquier tiempo pasado fué mejor".

Su libro, Dr. Chiriboga, pleno de sinceridades y delicadezas, habla muy alto de la calidad del espíritu que no se resigna a dejar la pluma, como en otro tiempo no se habría resignado a dejar la espada del hidalgo caballero. No es forzoso comulgar con sus ideas para ver tan gallarda actitud y generoso aporte.

Agradece el gentil envío su afmo. y S. S.

Juan Pablo Muñoz S.

Señor Doctor Don
Francisco Chiriboga Bustamante
Ciudad.

Apreciado amigo:

Con muchísimo agrado he leído la segunda edición de «Rimas de los Andes», colección de amenas composiciones poéticas que, lujosamente encuadradas en elegante tomito, ha tenido usted la gentileza de obsequiarme, con una fina dedicatoria en la que, más que ajeno mérito, pone en relieve su exquisita cultura y esmerada educación.

Séame permitido, sin lisonja de ninguna clase, manifestar el haber descansado un tanto mi espíritu al encontrar ahora composiciones vaciadas en los antiguos clásicos moldes de Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce que no están ya de moda y que difieren en mucho de los usados actualmente, en pleno decadentismo; y mi satisfacción ha sido tanto más cumplida, cuanto que he observado que no solamente en la estructura del verso, sino también en el fondo de la inspiración, ha tomado usted por modelos a tan egregios poetas, sobre todo a Núñez de Arce, como aparece en la robusta composición «*A orillas del mar*», saliendo usted muy airoso en su desempeño.

No obstante su exagerada modestia al afirmar que: “*No merecen ni que se las tome en cuenta en la literatura nacional, por hallarse desprovistas de todo mérito*”, hay que reconocer que sus inspiradas poesías han enriquecido nuestro Parnaso Ecuatoriano; y que, muy al contrario de esas composiciones decadentistas que están llamadas a desaparecer, vivirán como un

reflorecimiento de la antigua escuela clásica española que, acaso, no diste mucho en reaparecer en nuestro mundo literario.

Mientras tanto me permito insinuar a usted que no ceje en su labor y que continúe oponiendo la frase netamente castiza, pulcra y elegante, la delicadeza y claridad en la expresión de las ideas, la cadencia en la métrica y sobre todo sus bien arraigados principios religiosos, a los delirios poéticos, a lo enrevesado de la frase, a lo ininteligible de los conceptos y hasta al descreimiento en que abunda el decadentismo moderno. Con esto hace usted labor netamente patriótica.

Con sentimiento de consideración, me suscribo atento amigo y S. S.

J. Virgilio Ontaneda

Quito, febrero 13 de 1940.

Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga B.

En la ciudad.

Muy distinguido doctor y amigo:

Por medio de ésta, doy en mi nombre y en el de la Comunidad Agustiniiana, a quienes viene dedicada su última edición de «Rimas de los Andes», los más fervorosos agradecimientos.—No hay para qué decir que sus versos —desde la primera composición hasta la postrera— respiran verdadera poesía; sentimientos delicados, pensamientos de mucho fondo, gusto en la forma y expansiones de una alma bien cultivada, desde sus primeros años, en el seno de

aquella familia de que tan sólo quedan los recuerdos: poquísimas quedan ya de las familias patriarcales de este Quito tan bello y querido, que semejaban a los añosos y copados árboles que prestaban su benéfica sombra a la sociedad, brindándoles sus aromas de virtudes y dejando caer sobre ella los sazonados frutos de su cristiana Fe.

Muy sinceros, a la par que merecidos, son los favorables juicios insertos al fin de la obrita (pequeña en volumen, grande en importancia literaria-moral); habiéndome satisfecho, de todas veras, las palabras de gran valía de aquel voto de peso de nuestro ilustre Obispo Dr. Pérez Quiñonez: "Cuando la prosa pesada de la vida me aplasta, sus rimas me son diáfana brisa, aire de las alturas, perfume de las flores: ¡en qué buena hora nos las ha regalado Ud.!"

Hago mías estas significativas palabras de hombre tan eminente.

Suyo afmo. amigo y Capellán,

Fr. Agustín J. Vaca,
Agustino.

Cuenca, 1º. de septiembre de 1940.

Señor Doctor Don
Francisco Chiriboga Bustamante
Quito.

Distinguido poeta y noble amigo:

Hoy, que he tenido la complacencia espiritual de leer su obra, doy a Ud. los más cumplidos agradecimientos por su valiosa donación.

Al mismo tiempo, permítame unas frases de comentario entusiasta:

Sabe Ud. la honda verdad que encierra la frase del insigne crítico: "la primera condición del arte, es la sinceridad", y hace de la sinceridad la norma suprema de sus versos: diáfanos, puros, desprovistos de todo artificio, pero plenos de corazón, rebosantes de alma. ¿Acaso la diafanidad del agua del remanso tiene refinamientos para dejar ver en su seno un sortilegio de astros?

Yendo al detalle: cuán bien habla Ud. de la voz de los campos; de esa voz que palpita hecha ritmo trémulo en las páginas grises de la agreste cordillera; en los senos negros del abismo o en las serenidades inefables de las cumbres; en la fresca ternura del capullo o en la desolación de la hoja seca; ritmos que nos hablan de nuestras mismas inquietudes hondas o de nuestras propias esperanzas muertas.

Es Ud. de honda emoción, de elevado aliento y de claro decir. Canta los temas más santos y grandes: la naturaleza, la familia, la Patria, la Religión, y, en este último aspecto, el tema más sutil y delicado: María, la Reina de la Lira, el motivo más exquisito que puede ser cantado por un poeta de verdad.

Suyo con las mejores consideraciones y mi aprecio,

Manuel Coello Norixt

Abril 15 de 1940.

Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga B.

Ciudad.

Muy apreciado amigo y distinguido colega:

Debo a Ud. mi agradecimiento por haberme dedicado un ejemplar de su hermoso libro «Rimas de los Andes», el que me ha proporcionado felices momentos de deleite espiritual desde que abrí sus páginas con anhelante interés, encontrando en él la impresión emotiva del literato que refleja en épicas frases el vibrar de su corazón ante las maravillosas armonías de la naturaleza; hallando en él, lo que podríamos llamar la “foto literaria” que recoge con admirable precisión cuadros palpitantes de la vida...

«Claro de Luna», «Fascinación», «A orillas del mar», ... cautivan, embelesan.

Al reiterar mi agradecimiento por su valioso obsequio, exprésale mi deseo de que prosiga hacia la culminación espiritual propia de su genio, y luego recoja como lo ha hecho ya, el oro de sus triunfos, simbolizado por la admiración y afecto, en las lides de nobleza y de saber.

Soy de Ud. afmo. amigo y S. S.

Victor Emilio Aráuz C.

Quito, febrero 29 de 1940.

Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

Ciudad.

Mi querido doctor y amigo:

Con profunda complacencia y fruición espiritual, he dado término a las amenas y delicadas páginas de su importante libro intitulado *Bosquejos e Impresiones*, que su característica gentileza me ha dispensado el honor de enviar con una bondadosa dedicatoria, que aprecio y estimo en todo cuanto ella vale.

Largos ratos de inenarrable satisfacción han experimentado mis sentimientos, embriagados de poética ambrosía, en ese musical y suavísimo tono con que suelen verter las elevadas inspiraciones del cerebro y corazón, los hombres que como Ud. saben ennoblecer las pasiones, hasta divinizarlas en los impolutos altares del Amor, donde sólo los padres pueden hacer tangibles los diáfanos afectos del alma y las leales expresiones del corazón. El indescriptible y bellissimo artículo *El Angel de mi hogar*, es una revelación magnífica de sus relevantes cualidades y méritos indiscutibles, que ponen de manifiesto la bondad de su hogar y la de la muy digna sucesora de su nombre.

Todo el volumen es valioso; pero creo que muy poca falta le podrían hacer los otros capítulos, si a cambio de ellos sólo tuviera *El Angel del hogar*, que de por sí sería suficiente para un libro.

Acepte mi calurosa felicitación como testimonio de mi sincero aplauso por las páginas tan encanta-

doras y sugestivamente escritas, en que el corazón, la belleza y el pensamiento han hecho la mejor de las trilogías para cantar al hogar y a las más íntimas fruiciones del alma.

Su amigo que le estrecha las manos,

Alfonso Mora Bowen

Cuenca, 26 de febrero de 1941.

Señor Doctor Don
Francisco Chiriboga B.
Quito.

Distinguido doctor:

He tenido oportunidad de conocer algo de su obra, y por ello es que me entusiasmo por tenerla en propiedad.

Es Ud. un cultivador del buen género de versos: fuertes, rotundos y sonoros, a la manera inmortal de los clásicos y románticos, contrastando con los renglones cortos sin brío de los tiempos que corren. Sus descripciones de los Andes, son magníficas. En algunas de sus estrofas, me parece ver las cumbres que Ud. canta, en parte cubiertas por el primor primaveral, y, en parte, azotadas por la nieve de la altura, que se deslía sobre los peñascos rocosos de las concavidades andinas que bajan precipitándose en los ríos caudalosos y armoniosos.

Su admirador y amigo,

Guillermo Ochoa Alvar

Quito, 16 de noviembre de 1936.

Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga B.

En la ciudad.

Muy estimado doctor y amigo:

Al voltear de la última página de sus sugestivos ensayos titulados *Bosquejos e Impresiones*, me he puesto a ordenar estas cuantas palabras portadoras de un profundo sentimiento admirativo hacia la obra literaria y filosófica que se encierra en ellos; y, querría manifestarle que en la interesante y fácil sucesión del uno al otro hay como la rotación de las aristas de un poliedro que fuera múltiple, en la indescomponible particularidad de su conjunto, y, único, en la intensa variación de su materia.

Bosquejos e Impresiones deparan al lector esa tranquilidad de espíritu que, haciendo panteísmo, debería tener el alma de la fuente, y, es en semejante coyuntura que al agradecerle por su libro y por su gentil envió, quiero felicitarle tanto cuanto Ud. merece.

De Ud. atto. y S. S.

J. Villagómez Yépez

Guayaquil, agosto 28 de 1924.

Señor Dr. Dn.

Francisco Chiriboga B.

Quito.

Distinguidísimo amigo mío:

Ayer tuve un día muy grato: la Administración de Correos me entregó un certificado conteniendo con amable y honrosa dedicatoria dos trabajos suyos de recopilación literaria. Ello vale un inestimable y valiosísimo recuerdo que bien coincide con las multiplicadas evocaciones cariñosas que hemos hecho de Ud. en concurso de amigos. Gracias don Francisco.

He ascendido espiritualmente con Ud. al Antisana y he contemplado con Ud. "esa infranqueable barrera de diamante colocada por la mano de Dios entre la tierra y el cielo". Con Ud. en espíritu he "oído retumbar el trueno al estallido del rayo en «La Tempestad en los Andes»".

He renovado mis impresiones de «A bordo» con las remembranzas de mis viajes a Ultramar y al leer «Cara Patria» he surgido de nuevo en mis recuerdos de soldado cuando en 1910 púsose de relieve nuestro patriotismo.

Me he inclinado reverente ante la memoria de los sabios Faura y Sodiro y he renovado mi admiración a la Ciencia contemplando en mi fantasía el monumento de la histórica Misión Geodésica.

Me ha dado Ud. un buen rato. He tenido tema fecundo para las conversaciones del día. Tanto más grato para mí, cuanto que ello me ha conducido a recordar, a admirar y a aplaudir al inteligente, ilustrado y gentil autor de «Bosquejos y Discursos».

Dice la gente que nosotros los abogados no somos sino papeleros de árida prosa; Ud. les ha dado un mentís: hay en Quito un eminente profesional llamado Francisco Chiriboga B. que a la sobriedad de un alegato jurídico sabe también añadir bellísima literatura.

Suyo muy afmo. amigo y S. S.

Alberto Hidalgo Samarra

Bogotá, Rep. de Colombia,
Noviembre 2 de 1939.

Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga B.

Quito.

Distinguido señor y amigo:

Después de varios meses de silencio vuelvo a dirigirme a usted para rendirle mi homenaje de sincera amistad.

No se figura usted, mi noble amigo, cómo he sabido apreciar su obra magistral «Bosquejos e Impresiones» que tan gentilmente me remitió a comienzos del año presente. Francamente me permito aconsejar a usted que haga una nueva edición, de cuya aceptación estoy seguro. Usted tiene corazón de oro por sus conceptos, por su elegancia al expresarlos. Lo felicito de corazón.

Su invariable admirador y amigo afectísimo,

Gabriel Karpf Müller

Latacunga, enero 10 de 1937.

Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

Quito.

Mi distinguido doctor y amigo de mi más grande aprecio:

Tenía mi espíritu enfermo y el ambiente deletéreo de la Oficina, exigía un reposo. Ese reposo, me lo dí en Baños, y allá en ese hermoso rincón, saboreí a solas la maravilla de su obra.

Muchas veces, a la sombra del «arbol de Montalvo», me encontraron los turistas con su libro. Yo le felicito, mi querido doctor y amigo, y créame que me ha hecho vivir momentos admirables. En justicia, no puedo hacer preferencias; cada uno de sus artículos tiene su mérito especial literariamente considerado, pero razones psicológicas y de temperamento, hace que aún vibre en el fondo de mi alma. «El Angel de mi hogar»... Como Ud. adoro a mi hijita... Las impresiones de viajes son maravillosamente descritas, y, no sabe Ud. cuánto me ha hecho filosofar entre sus emociones del Vaticano y el soberbio artículo «Viaje al Antisana».

Créame siempre, con la mayor devoción y cariño, su más adicto amigo y respetuoso servidor, que le envía su mano, para el apretón cordial y franco.

M. Gustavo Sturralde

Septiembre 14 de 1929.

Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

Ciudad.

Muy querido y apreciado amigo:

Tuve la satisfacción de leer atenta y detenidamente sus hermosos e importantísimos discursos y artículos, y no puedo por menos que enviarle de lo íntimo de mi alma mis entusiastas y afectuosas felicitaciones.

Todo es bueno en ellos: fondo, forma, erudición, lógico razonamiento, galanura de frase, adecuación de estilo y sobre todo la elevación y nobleza de las ideas y la ostentación de sus sentimientos religiosos; pero nada me ha sorprendido, mi querido doctor y amigo, porque todo eso, y mucho más que callo porque no soy crítico, es verdaderamente suyo; sí, mi querido amigo, suyo, propio de su inteligencia, de su noble corazón, de su fe sincera, de su admirable y envidiable ilustración.

Por todo ello, mis sinceras felicitaciones, mis agradecimientos y un estrecho abrazo para Ud.

Fr. Ceslao M. Moreno O. P.

Legación de Francia en el Ecuador.

Quito, 3 de noviembre de 1936.

Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga Bustamante

Ciudad.

Muy apreciado doctor:

Con verdadera complacencia he recibido su libro «Bosquejos e Impresiones».

Antes de agradecerle, he querido recorrer algunas páginas de su obra y hacerle partícipe de algunas impresiones.

Como buen americano no podía principiar mejor que con el nombre de Bolívar la serie de sus bosquejos, y el primer artículo de su libro es como un pequeño escriño que encierra el alma entera del hombre más grande de América.

He sentido respirar su noble y desinteresado patriotismo en las páginas de «Cara Patria» y «Monumento Francés»; he admirado el más grande florecimiento del amor paterno en su emotivo artículo «El Angel de mi hogar»; he reconocido que la gratitud ocupa lugar preferente en su pecho al leer el elogio que hace del que fué su maestro, R. P. Enrique Faura, y apreciado la delicadeza de su sensibilidad en la pequeña pieza psico-literaria que titula usted «El lenguaje de los Ojos».

Pasaré por alto sus meditaciones sobre el Antisana, sus impresiones sobre el Océano, sus bellas descripciones de la Tumba de Bolívar y de las Cataratas del Niágara, para detenerme satisfecho ante los altos

conceptos que tiene Ud. para mi país, y, en «Un vuelo sobre París» cuando Ud. sobrevuela la Capital de Francia, no es la nueva Babilonia donde reinan el vicio y la perversidad que Ud. descubre; Ud. sabe que la gran ciudad que se extiende allí abajo es ante todo y más que todo “el París Monumental, el París Artístico, el París Comercial, el París Científico y también el París Religioso”. El verdadero carácter de París ha escapado a tantos americanos del Sur, que ha sido para mí una satisfacción encontrar los conceptos que transcribo.

Una vez más, mi agradecimiento por su valioso envío; tenga la seguridad que su libro ocupará un lugar de honor en los anaqueles de mi Biblioteca particular.

Aprovecho esta oportunidad para reiterar a Ud., muy apreciado doctor, las seguridades de mi muy distinguida consideración.

G. Jerver,
Ministro de Francia.

Bibliografía

(De «La Unión», Quito,
febrero 13 de 1934).

Con atenta dedicatoria hemos recibido la preciosa colección de «*Doce Discursos*» del prestigioso literato doctor Francisco Chiriboga Bustamante.

En todos los discursos del doctor Chiriboga hay nobleza y elevación de pensamientos, profundidad de ideas, a lo que se une un estilo límpido y armonioso.

De criterio recto y justo, sabe colocar en su puesto a los sabios cristianos. No cae en la sinrazón de aquellos que creen que el hombre es grande, cuando es charlatán, impío y petulante.

Agradecemos al doctor Chiriboga por habernos obsequiado con esta preciosa obra.

«Bosquejos e Impresiones»

(De «El Día», Quito, 10 de
Noviembre de 1936).

Un libro que atrae por la impresión visual. Es elegante, límpida la edición hecha en esta capital por la «Editorial Artes Gráficas», que una vez más hace honor al ramo con un excelente trabajo.

En la lectura se goza con la prosa lírica, el sentir poético y el pensar filosófico de trozos bellos y a la vez profundos en los que se transparenta la fogosidad y la altura del espíritu del doctor Francisco Chiriboga Bustamante, muy conocido en la literatura

ecuatoriana por las magníficas producciones que en prosa o verso — siempre poéticas — ha publicado para satisfacción de los aficionados al arte y a la cultura en general.

Ya el insigne poeta y periodista Remigio Romero y Cordero hizo un justiciero elogio, como él sabe hacerlo, del Libro del doctor Chiriboga Bustamante y nos sumamos, honrándonos, al parecer de tan capacitado juez.

Además, vaya nuestra expresión de agradecimiento por el envío del ejemplar que enriquecerá la Biblioteca de «El Día».

Francisco Chiriboga Bustamante

(Del libro «*Valores Ecuatorianos*»,
Quito, 1942).

(fragmentos)

Esmeradísimo cultor de la poesía netamente clásica, ha sido y es aún el poeta Francisco Chiriboga Bustamante, y dentro de esa escuela, ha escrito versos inspirados, plenos de sinceridad y emoción, en metros distintos, y sobre motivos diversos.

Chiriboga Bustamante, tal como aparece en su libro de versos, titulado «*Rimas de los Andes*», ha nacido con la disposición de poeta, es decir, con el grandioso mandato de trasladar la música impalpable de la universalidad de los seres y las cosas, y que está gritando intermitentemente desde el abismo de todo corazón que ama y sufre, a la estrofa henchida de perfume y pulcritud.

Quien escribe versos, como el bardo Chiriboga Bustamante, no podía nunca ignorar en lo que consiste la esencia del Arte, el espíritu de él, las vibraciones maravillosas de su idioma, al través del tiempo y la historia.

Espontáneo se manifiesta en su idilio *Claro de Luna*, escrito con toda la exquisitez de su inspiración poética, con todos aquellos acentos de ternura idílica, ante la visión adorada de una esperanza que marcará en el camino humano un poema eterno de felicidad. Ese idilio, tiene por testigos sólo a la inmensidad de los cielos que los cobija con su pabellón de estrellas, y al mar que bajo sus pies se tiende como un coloso de bruñida plata, ocultando en las profundidades de su corazón el grito pavoroso de su furor de siglos. Mientras tanto, la luna con su luz tenue, va imprimiendo al panorama que se dibuja en torno de ese idilio feliz, un sello de angustiosa majestad, de tristeza y melancolía, como si quisiera contrastar la pascua de felicidad que eclosiona allá en el interior de dos almas.

El poeta es admirable en su antítesis que subraya entre el corazón del mar, y el de dos amantes que viajan sobre la inmensidad del mar, arrullados por la canción de sus olas, e iluminados por los fulgores de un idilio que nunca parece evanecerse.

.....

Por las composiciones poéticas que hemos tomado para nuestro estudio, de su libro *Rimas de los Andes*, podemos deducir que el poeta Chiriboga Bustamante honra a nuestro Parnaso.

Fray Reginaldo María Arizaga, O. P.

«Bosquejos e Impresiones»

(De «La Sociedad», Quito, N.º. 52,
de Noviembre 29 de 1936).

Tal es el título de la obra recientemente publicada por su autor, el Dr. Francisco Chiriboga Bustamante, en un volumen de 175 páginas, edición nítida y elegante salida de la tipografía «Editorial Artes Gráficas» de Quito. El libro, incluyendo un discurso en honor de Don Bosco y un fragmento de una disertación sobre «La Religión del Estado» (producciones antes ya impresas), es colección de artículos también dados a luz en la nacional prensa periódica y acerca de varios temas. Con virtuosa modestia, que acrecienta el mérito del escritor, nos repite en la Nota preliminar lo dicho por él en anterior ocasión: «Nada valen estos escritos. . . . Ellos son tan sólo la expresión ingenua de un espíritu que piensa y siente, y que, en veces, ha hecho constar en el papel sus sentimientos e ideas»; y luego, asimismo con recato y mesura, ofrece sus páginas a la bibliografía nacional. Sea bienvenida, pues, tan interesante contribución al tesoro bibliográfico ecuatoriano; y muy reconocidos, agradecemos el ejemplar dedicado por el autor a los señores *Director y Redactores de la revista «La Sociedad»*.

No pretendemos aquilatar el ostensible y tan apreciable valor literario de «Bosquejos e Impresiones» mediante un cabal estudio crítico de todo su contenido, en el cual hay piezas de sobresaliente mérito, por ejemplo, «Viaje al Antisana», cuya gala artística ha sido ponderada por ese poeta de verdad que es Remigio Romero y Cordero. Dando de mano a tamaña

labor, propia de los especialistas en la materia, nos ceñiremos a considerar ciertos caracteres generales de ese "espíritu que piensa y siente", la índole estética de aquel escritor que nos trasmite "sus sentimientos e ideas" en un estilo que, al versar sobre asuntos escogidos con peculiar predilección, nos descubre la fisonomía de su alma.

Mientras leíamos el nuevo libro, se nos aferraban a la mente ciertos conceptos expresados con donosura por José Ingenieros, con la mira de clasificar su personalidad en determinada categoría. Así es el Dr. Chiriboga Bustamante, nos decíamos interiormente; y ahora lo vamos a repetir y demostrar en este artículo, citando las frases del eminente intelectual argentino.— En hermoso soliloquio, Ingenieros examina con sincera introspección sus emociones psíquicas, y hablando consigo mismo se reconoce en la siguiente forma: "Los seres de tu estirpe cuya imaginación se puebla de ideales y cuyo sentimiento polariza hacia ellos la personalidad entera, forman raza aparte en la humanidad: son idealistas". Idealista es el autor de «Bosquejos e Impresiones», no obstante la realidad de los objetos o escenas que describe y de las afectaciones que le embargan el ánimo en tales o cuales circunstancias; pues, su fantasía rodea de imágenes, por ella creadas, los diversos lugares y personas ante cuya presencia se sitúa, así como su corazón se desborda en emociones que van al cauce de los sentimientos cuyo curso él dirige hacia donde le inclinan sus religiosas cuanto católicas convicciones y tendencias. "El ideal es un gesto del espíritu hacia alguna perfección"; y nuestro compatriota hace ostentación de esos magníficos gestos espirituales, con que se adelanta en pos de la verdad y el bien, de la belleza y

el progreso, para admirar sus espléndidas manifestaciones y también para estimular a sus lectores en el perfeccionamiento de anhelos y esfuerzos que allá se encaminen. *Ascuá sagrada* llama Ingenieros al Ideal y tiene la satisfacción de asegurar respecto de sí mismo: "Ella es la lis de tu blasón, el penacho de tu temperamento...." Reputamos que el abolengo espiritual del Dr. Chiriboga Bustamante está patentizado por esa misma heráldica de que se ufana el citado idealista; y será preciso hacer ver que en «Bosquejos e Impresiones» comparecen los signos que revelan florida y airosa constancia de tan noble psiquismo en su autor.

"Cuando pones la proa visionaria, escribe Ingenieros, hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en tí el resorte misterioso de un Ideal.... Todos no se extasían, como tú, ante un crepúsculo, no sueñan frente a una aurora o cimbran en una tempestad". Nuestro escritor puede apropiarse tales expresiones, que ratificadas quedarán al recorrer las páginas de su obra. Allí le vemos asistir, contemplativo, al íntegro y grandioso proceso de «La tempestad en los Andes»; y cuando ella culmina en lo sublime terrorífico, nos dice: "Al tremendo retumbar del trueno, al estallido aterrador del rayo y al sordo rebramar del aquilón, parece que tiemblan despavoridos las aldeas y los campos; en tanto que el espíritu ávido de emociones intensas, admirador de las escenas sublimes de la Naturaleza tropical, sacude sus delicadas fibras, se estremece fuertemente, y se despoja, siquiera por instantes, de su abrumador letargo". ¿Qué espíritu es aquel que reacciona de tal suerte? No un espíritu mediocre y vulgar, sino uno que po-

see ese magnífico resorte mencionado, por el cual es capaz de aquella avidez desconocida para los de diversa progenie psíquica. Merced a este congénito don, podrá cerciorarnos más en otra página (106) de cuánto influye él en su vida; y escuchémosle la conferencia: "Mi espíritu se siente atraído, como por un imán, hacia todo lo que despierta emociones misteriosas.... El mar, con sus grandezas infinitas, las majestuosas y plateadas cumbres, la oscura tempestad embravecida, la catarata atronadora y horrenda, la selva gigantesca y dilatada,.... tienen para mi alma un atractivo irresistible, un encanto inexplicable. De ahí que viajar haya sido siempre uno de mis más poderosos ideales".

Y efectivamente, viaja por dentro y fuera de la Patria ecuatoriana, para dar pábulo y satisfacción a tan inefables encantos.—Sube al Antisana, en fatigosa ascensión, pero el cansancio no le retrae de prolongar su inquisidora mirada, de un lado a inmensos panoramas, en lontananza amojonados por las soberbias cúspides andinas; y del otro, a paisajes agrestes y cortados por terrenos de aluvión petrificado o interrumpidos por un laberinto de colinas parameras y adustas en su recia aunque raquílica vegetación. No le pasan desapercibidas las maravillas de diferente orden, que están distribuidas entre los respectivos espacios de viviente bullicio o de inanimada soledad. Muy solemne resulta ésta, cuando el viajero llegó a mirar de cerca y cara a cara al coloso blanco, inmóvil y callado monstruo, que sin embargo hablaba con elocuencia a su "agitada y turbulenta cabeza", a su "inquieto y ambicioso corazón"..... Después de escalar altas cimas, viaja a través del anchuroso océano; y no sigamos detallando las im-

presiones del doctor Chiriboga Bustamante a bordo, porque no acabaríamos y porque basta mencionar que su espíritu, siempre abierto al embeleso de los grandes elementos cósmicos, gozó de intensa fruición durante la larga travesía de mares.

Luego viene la visita de conspicuas ciudades americanas y europeas; y tampoco hemos de recontar al pormenor la sucesión de las deleitables perspectivas que van ofreciéndose a su inteligente y observadora sensibilidad. Contentémonos con no perderle de vista en París, donde se empeña en el logro del afán siguiente: "Faltábame (dice) realizar la ilusión, no efectuada hasta entonces, de surcar los espacios celestes y sentir la fruición íntima de dominarlo todo desde los aires, de ver la tierra a nuestras plantas, y de apreciar personalmente una de las mayores conquistas del ingenio humano, llamada a revolucionar el mundo y que, más que otra alguna, ha dado al hombre la satisfacción y el orgullo de ser el rey del Universo". Ya sabemos, pues, de antemano, cómo quedaría impresionado con un vuelo de cincuenta kilómetros encima y en contorno de la *Ciudad-Luz*; y lo sabríamos, aunque el mismo viajero no nos lo hubiera explicado con estas palabras: "Allá.... junto a las nubes etéreas, se saborea el placer de ver realizado, en pocos momentos, el ideal acariciado por la humanidad desde los tiempos más remotos: el de ser el émulo del águila caudal, trasponiendo veloz las ciudades y los campos, los valles y las montañas"....

En fin, no podemos omitir en confirmación del temperamento idealista del autor de «Bosquejos e Impresiones», un acentuado rasgo que da relieve a tal carácter: su peregrinación a las cataratas del Niágara.... De regreso a la Patria, se aparta de la ruta

que a ella le conduce, para trasladarse desde Nueva York más al norte del hemisferio boreal. Si en el Canadá parte límites el Niágara en el sitio donde se despeña bravío y majestuoso, pues allá ha de ir el viajero, sin tomar por contratiempo tanta desviación, irá para saciar el hambre de idealidad que le atormenta. Oigámosle su emocionado acento: "¡LAS CATTARATAS! ¡Dios Santo!..... Imposible sentir en ninguna otra parte del mundo impresión más profunda, más intensa, más abrumadora!..... Imaginad todo lo grandioso que hayáis visto en vuestros sueños; reunid en un solo fragor todos los bramidos de los enfurecidos volcanes, de los mares tempestuosos y turbulentos, de los ciclones rugientes y asoladores....., y colocado todo junto al Niágara, palidece, se espuma y pierde completamente su grandeza y esplendor. El espíritu enmudece ante tamaña magnificencia, y no acierta, en los momentos primos, a coordinar ideas ni a interpretar sentimientos, que vagan incomprensibles en nuestro interior, en presencia del espectáculo más sublime que existe en el Universo". Y a pesar del espantable efecto que produce aquel convulso titán, el espectador se sobrepone al pánico y se le aproxima para contemplarlo a su sabor desde distintos puntos de vista, aun desde abajo y bogando cabe al abismo, en el lago que comunica al barco una terrible trepidación con la cual parece que le tiemblan las entrañas. ¡Oh! es que en esa alma funciona "el resorte misterioso del Ideal", que indica Ingenieros, y en ese corazón bullen anhelos que prevalecen y actúan en virtud de igual dinamismo con que el torrente impetuosísimo del Niágara cubre de espumantes burbujas la superficie de esas batidas aguas.....

Necesariamente tenemos que ser cortos en la aplicación al autor de «Bosquejos e Impresiones» de otro signo por el cual se reconoce que el Ideal agita y conmueve las espirituales facultades de alguien, signo que el ilustre literato argentino lo halla en la siguiente manifestación: "Cuando admiras la mente preclara de los genios, la sublime virtud de los santos, la magna gesta de los héroes, inclinándote con igual veneración ante los creadores de Verdad o de Belleza. . . . Es de pocos esa inquietud de perseguir ávidamente alguna quimera, venerando a filósofos, artistas y pensadores, que fundieron en síntesis supremas sus visiones del ser y de la eternidad, volando más allá de lo Real. . . ." A tan selecto linaje espiritual pertenece el Dr. Chiriboga Bustamante, como lo atestigua el libro en que ha consignado las respectivas credenciales. Tributa su admiración y rinde fervoroso homenaje a buen número de egregios varones a quienes la Patria, la América o aun la Humanidad entera colocan en el alto sitial debido a los que son excelsos por su indiscutible superioridad. Si no consagra a todos ellos capítulo aparte o extenso párrafo en su obra, ante muchos pasa dirigiéndoles, a modo de reverente saludo, alguna entusiasta frase de alabanza o gratitud. Entre los primeros contamos a Bolívar y a los Geodésicos franceses venidos al Ecuador, a Don Bosco y S. S. Pío XI, a Colón y a Bonaparte, al Presidente ecuatoriano Dr. Luis Cordero y al Padre Jesuíta Enrique Faura, de todos los cuales trata especialmente y con la insistencia que reclaman su dignidad, su saber, su condición heroica y genial, sus virtudes o sus proezas, los correspondientes e inapreciables servicios a través de acrisolados sufrimientos, etc. . . . En estas eminentes personalidades el autor

honra a la Religión, a la Patria, a la Ciencia, a la sociedad humana; y siempre animado de nobles impulsos, comunica a la expresión escrita inmejorables cualidades de estilo, de suerte que sus lectores participan de los sentimientos que a él le emocionan.

Repetimos, que muchas cosas que todavía quisiéramos decir, se nos quedan en el tintero; pero creemos que lo expuesto es suficiente para ostentar el nombre del doctor Chiriboga Bustamante, en la clase de escritores distinguidos por un alto y recomendable idealismo. Nos congratulamos de que ya hubiesen triunfado las producciones de su católica y notable pluma en el juicio de reputados hombres de letras; y ojalá pronto se publique el otro volumen que se halla en preparación.

Sito Esdras

(Manuel María Pólit Moreno)

INDICE

	<u>Páginas</u>
La Jurisprudencia y la Literatura Colombianas	5
El Exemo. Sr. Dr. Dn. Carlos María de la Torre. ..	27
La verdadera democracia	39
Una condecoración	55
La Institución Salesiana en el Ecuador	63
El Sr. Dr. Dn. Honorato Vázquez	77
La Sociedad Bolivariana del Ecuador	93
El Tratado Colombo - Venezolano	101
El Rvdo. Padre Pedro María Gialorenzo, S. S.	111
La misión del Maestro	119
Breves alocuciones bolivarianas	121
JUICIOS Y OPINIONES.	157